

ATENTADO EN AFRICA

Keith Luger



¡Le habían ofrecido 10.000 dólares a cambio de su vida!

ATENTADO EN ÁFRICA

KEITH LUGER

ATENTADO EN AFRICA

1.^a EDICIÓN
FEBRERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

370 — Chusma sin ley. 285 — El valle de las víboras. 413 — Un hombre llamado muerte.

En Colección BUFALO:

54 — Vivo o muerto. 84 — Nido de ratas. 94 — El heredero. 97 — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

231 — La ciudad perversa. 248 — Trabajo peligroso. 289 — Las rubias mueren así.

En Colección PANTERA:

25 — La espada llameante. 29 — La ley de los fuertes. 42 — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

2 — Reguero de sangre. 7 — Trágico botín. 10 — Revuelta en el Sudán.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 3 - Barcelona**



CAPÍTULO PRIMERO

El taxi se detuvo y John Granger saltó a la calle. Iba a cerrar la portezuela cuando la mujer que le acompañaba en la carrera, Brigitte, una francesa de muy buen ver, se lo impidió saliendo tras él.

—¿Qué te pasa, *chèri*?

Granger, de unos veinticinco años de edad, moreno, atlético, cabello y ojos negros, rostro de rasgos un tanto angulosos, sonrió a la mujer e indicó:

—Será mejor que vuelvas adentro, Brigitte. Aquí acaba el viaje para mí.

La francesa habló gesticulante:

—¡No puedes hacer eso conmigo! ¡Si apenas hace tres horas que nos hemos conocido!

—No te ha ido tan mal como todo eso durante este tiempo, *ricura*. Has cenado bien, has bebido y hasta hemos bailado un poco.

—¡Pero, *chèri*!... ¡Si yo te quiero! Esto no ha hecho más que empezar. ¿Es que no te has dado cuenta de que es de noche?

Sí, había oído, mientras el taxi corría por las calles parisinas, las campanadas de las doce de un reloj. Efectivamente era de noche y precisamente la hora, como había dicho alguien, en que medio París hacía el amor a la otra mitad. Pero él había sentido una reacción súbita. Sé iría a casa a pie y solo. Estaba a punto de agotar su numerario, unos cuatro mil francos, y no sabía cuándo podría disponer de más dinero. Se encontraba solo en la gran Ciudad de la Luz, sin empleo y, lo que era peor, sin la menor posibilidad de encontrar otro en un plazo breve. Ahora miró con ojos afectuosos a

la francesa y, sacándose un fajo de billetes del bolsillo del pantalón, dijo:

—Eres una gran chica, Brigitte —le puso en la mano un montón de billetes que separó del fajo—. Esto te consolará de mi ausencia. Tienes bastante para pagar al conductor cuando te deje en el lugar que quieras y todavía te sobrará algo.

Ella admitió el dinero, pero hizo un mohín de decepción.

—Pero si yo te quiero a ti, *chère*... Me había hecho tantas ilusiones...

Granger le pellizcó suavemente la mejilla, besándola en la comisura de los labios.

—¡Hasta la vista, Brigitte! ¡Buena suerte!

—Eres muy malo, John.

—¿Por qué?

—Por el beso. Ahora no me lavaré la cara en una semana.

Él le sonrió una vez más y giró definitivamente, alejándose de aquel lugar.

Cruzó el puente del Sena observando a las parejas de enamorados pegados al pretil. Se dijo a sí mismo que ellos se encontrarían en las mismas o parecidas condiciones que él, y sabían arreglarse. Pero él no se conformaba con su suerte. Ahora tenía el cerebro embotado por el alcohol ingerido en compañía de Brigitte y le vendrían bien siete u ocho horas de sueño. Cuando despertase, con la mente lúcida, se enfrentaría con su problema y... ¡por todos los infiernos que hallaría una solución!

Quince minutos más tarde subía los gimientes peldaños de madera que conducían al cuchitril que tres días antes, cuando sobrevino la catástrofe, tuvo la precaución de alquilar, trasladándose del hotel de segunda categoría en que se alojaba. Introdujo su llave en la cerradura y se coló dentro, encendiendo la luz. Se quitó la chaqueta que dejó sobre una silla, después la corbata, y dirigióse al lavabo para cepillarse los dientes, conforme a su costumbre.

Quiso observar el aspecto de su cara después de la francachela y, al detener la mirada en el espejo, descubrió que tenía un visitante.

Se quedó inmóvil contemplándolo. Se hallaba sentado en la otra silla que había en un rincón, cerca de la cabecera de la cama. Parecía una estatua o hubiese pasado por muerto a no ser por el brillo intenso de sus ojos. Era un negro de edad indefinida, vestido a la europea con un buen terno gris y manos enguantadas que sostenían un paraguas. Había sido un hermoso día de primavera. Corría el mes de mayo y París ofrecía, en aquella época, su mejor

cielo azul.

John se volvió hacia el desconocido, diciéndole:

—Se equivoca si cree que va a conseguir le haga un pedido de su artículo.

El otro incorporóse, sugiriendo con voz ronca:

—Quizá le interese lo que le traigo.

—¿A qué se refiere? No vendo paraguas. Para ser exacto no vendo nada.

El desconocido sonrió abiertamente mostrando una dentadura perfecta, blanca como la leche.

—Lo sé, señor Granger.

—¿Me conoce?

—Perfectamente. Conozco bastantes cosas de usted.

—¿Sí? Eso está bien, pero no me ha gustado nada que se haya introducido en mi palacio clandestinamente. ¿Va a salir por su propio pie o prefiere que ponga en práctica mis métodos?

—¿No le parece que debe escucharme antes? Su situación es bastante delicada. Se encuentra sin trabajo y sin dinero. He tenido oportunidad de conocer su biografía durante los últimos días. Nosotros somos clientes de la «Agencia Hepburn de Investigaciones Confidenciales» y sabemos que usted fue expulsado por su propio director hace cuatro días. Conocemos también la causa. Usted vino a Europa comisionado para realizar una investigación sobre las inversiones realizadas por uno de los socios de cierta firma de Detroit que había abierto una sucursal en París y, cuando más necesarios eran los datos que usted tenía que enviar a Nueva York, se le ocurrió decir que no los tenía. William Hepburn montó en cólera y prescindió de usted.

—Bueno, ¿y qué? Hepburn hizo bien, ¿no le parece? Fracasé en la misión que me había confiado.

—Usted no fracasó, señor Granger. Realizó su trabajo a la perfección, pero se dio cuenta de que si enviaba los informes labraría la ruina de un hombre que había obrado de buena fe. Prefirió que lo expulsasen de la agencia a comunicar los resultados de su trabajo.

—Es usted muy listo, señor... ¿cómo he de llamarle?

—Permítame explicarle el motivo de mi visita y luego le daré mi nombre.

—No me interesa. Me figuro lo que me va a proponer y es mejor que se marche sin gastar más saliva.

—¿Qué es lo que supone?

—¿Qué se le puede encargar a un hombre que se encuentra sin

dinero y con remotas posibilidades de lograrlo? No, compadre. Se ha equivocado de dirección. Haga una visita a las Cuevas de Montmartre y encontrará fácilmente un individuo que hundirá su cuchillo en las espaldas de otro por un precio módico.

El desconocido sonrió de nuevo, objetando:

—¿Y si no fuese eso, señor Granger? ¿Y si se tratase de todo lo contrario de lo que usted cree?

—¿De qué?

—De defender la vida de un hombre. De evitar su muerte.

Hubo un silencio que duró varios segundos. Por fin, Granger preguntó:

—¿Por qué no acude a la policía si alguien lo amenaza?

—No se trata de mí, sino de un hombre que se halla muy lejos de Francia. ¿Le interesa, señor Granger?

Johnny meneó la cabeza en sentido negativo.

—No me gusta ser guardaespaldas de nadie. En nuestro país este oficio solo lo desempeñan ciertos tipos de baja estofa que conocemos con el nombre de matones, y yo aún no he descendido tanto.

—Seré más claro. Usted no tiene que acompañar al caballero de quien le hablo, ni vigilar su casa para evitar su muerte, sino desarrollar la misma actividad que ha desplegado durante los últimos meses junto a Hepburn, es decir, una labor de investigación ¿Conoce usted Liberia, señor Granger?

—¿Se refiere al país africano?

—El mismo. Cien mil kilómetros cuadrados en la costa atlántica entre el África Occidental francesa y Sierra Leona. Allí viven dos millones de habitantes en régimen de República bajo la presidencia de William Bacanarat Shadrach Tubman. Es un país que le debe mucho al suyo, ya que, sin la ayuda de los Estados Unidos, Liberia no sería hoy independiente. Nuestro Presidente fue elegido en 1943 por una mayoría aplastante para un período de ocho años. En 1951 fue reelegido por cuatro años más y ahora lo ha vuelto a ser por otro término igual de tiempo.

—Todo eso está muy bien —dijo Johnny—. ¿Pero qué me importa a mí?

—Existe un partido en la oposición que se denomina Verdadero Partido Liberal Independiente, el cual fue organizado a mediados del año pasado, fundiéndose con el Partido Reformista, que databa de tres años antes. En septiembre de 1954 empezaron a publicar un periódico político llamado «El Independiente». Desde entonces están llevando a cabo en él la más tendenciosa propaganda que se

ha conocido en Liberia. Para ellos no existen barreras. Deforman las noticias, calumnian, injurian, en fin, predisponen al pueblo en contra de los hombres que fueron confirmados en sus cargos por una democrática elección... Señor Granger, el hombre a quién usted debe defender es el propio Presidente de Liberia, señor Tubman.

Granger se quedó un tanto sorprendido por las últimas palabras de su visitante.

—¿Qué razones tiene para creer que peligra su vida?

—La única razón es la de que, como ya le he dicho antes, ha resultado de nuevo reelegido. Eso es algo que sus enemigos no tolerarán y me temo que, al no haberlo podido evitar con sus campañas tendenciosas, se decidirán ahora a eliminarlo echando mano de cualquier asesino a sueldo. Tengo la seguridad de que existe una confabulación y, por tanto, es preciso y urgente conocer la forma y los medios de que se van a valer para realizarla. Usted es el hombre que tiene que realizar este trabajo.

Johnny Granger paseó por la habitación de un lado a otro lentamente, sin decidirse a contestar. Al cabo de un rato se detuvo, diciendo:

—Lo siento mucho, pero ha de tener en cuenta que yo jamás he estado en su país y no conozco las vicisitudes políticas por las que allí hayan podido pasar en los últimos años. ¿Es que no cuentan ustedes con una policía adecuada?

—Así es, pero este trabajo, por su índole especial, debe ser realizado por un hombre a quién no se conozca en mi patria. Hay cinco mil dólares a ganar, señor Granger.

—Repítalo.

—Estoy dispuesto a entregarle un cheque por la mitad de esa cantidad inmediatamente. El cincuenta por ciento restantes lo cobrará cuando se despida de mí en Monrovia, una vez haya acabado su misión.

—¿Y si fracaso?

—Usted siempre habrá recibido dos mil quinientos dólares.

—Está bien. Usted gana. Identifíquese usted de una vez.

El otro enseñó una vez más su dentadura, sonriéndole.

—Me llamo Richard Hopfield y soy funcionario del Servicio de Información de Liberia.

—¿Policía?

—Es un departamento que abarca múltiples funciones, pero, desde luego, no soy propiamente un policía. Por ello tendrá que competir, si llega el caso, con los agentes encargados de esta labor.

—¿Por qué habla de competir? ¿Es que la policía está en contra

del Presidente?

—Nada de eso, pero existe una rivalidad profesional entre ambos Departamentos. Debe retener en la memoria este nombre: Edward Quine. Es un policía corpulento, grueso, de unos cuarenta y cinco años de edad, cuyas corbatas hieren los ojos. Naturalmente, él está capacitado para realizar cualquier servicio similar al que usted va a emprender y por tanto sería fácil que se lo encontrase en su camino. No le confíe nada. No debe confiar en nadie; de lo contrario peligra el éxito de su misión y, lo que es más importante para usted, su propia vida.

—De acuerdo, pero supongo me dará los nombres de algunos sospechosos.

—Podría dárselos, pero prefiero no hacerlo, ya que, si usted inicia las gestiones tras su pista, podría ocurrir que siguiese un camino que no le condujese a ningún sitio. Es lógico pensar que, de maquinarse algún complot, sus autores se encuentren en el seno del partido más fuerte de la oposición, pero también es indudable que la política está amparada por los financieros y por los aventureros que pretenden pescar algo en el río revuelto de la revolución. Solo le puedo dar un dato para que inicie su trabajo. En Monrovia vive un hombre llamado Trevor Peterson. Es un ciudadano de raras costumbres, inmensamente rico por sus plantaciones de caucho. En su casa, una maravillosa mansión en la que ha reunido todos los lujos de la civilización occidental celebra reuniones a las que acuden políticos, banqueros, industriales, artistas y, en suma, cuantas personas juegan un papel preponderante en la vida social de Monrovia. Usted debe introducirse allí para conocer la forma de vida de nuestra nación y no tengo duda de que, cuando salga de aquella casa, sabrá usted a dónde dirigir sus próximos pasos.

John rezongó:

—Desde luego no da usted muchas facilidades, señor Hopfield. Es lo mismo que si me vendase los ojos ahora y pretendiese que lo llevase de la mano hasta el «Folies Bergère».

—Estoy seguro de que me conduciría hasta ese teatro, señor Granger —Hopfield sacó una libretita del bolsillo y tras abrirla añadió—: En las últimas semanas usted visitó el «Folies Bergère» durante tres noches consecutivas.

—Al parecer, lo sabe todo de mí.

—No podía elegir un hombre cualquiera para este trabajo.

—¿Cuándo he de salir?

Hopfield extrajo del bolsillo la cartera y de esta un sobre que alargó a su interlocutor, indicando:

—Aquí tiene el pasaje para el avión que saldrá mañana a las diez y media del aeropuerto de Orly. Una vez llegue a Monrovia, diríjase al Hotel Roosevelt.

—¿He de operar bajo mi propia identidad?

—No. En absoluto. En ese sobre se encuentra una nueva documentación a nombre de James Fix, periodista del «Star» de Nueva York. Coja usted la suya, métala en otro sobre y déjela depositada en el casillero de la sucursal de Correos en Pigalle.

—¿Cómo he de ponerme en contacto con usted?

—Trabaje sin tenerme en cuenta para nada.

—Pero ¿y si clavo el diente en el asado?

—No se preocupe. En el momento preciso estaré junto a usted.

Hopfield se dirigió hacia la puerta y cuando tenía la mano en el pomo, Granger exclamó:

—¡Eh! Se olvida de lo más importante. ¿Y el cheque de que me habló?

Hopfield volvió la cabeza, diciendo:

—Lo encontrará junto con lo demás. Va a su nombre.

—Entonces, usted sabía que yo iba a aceptar.

—Conocía su afición por todo lo intrigante y misterioso, señor Granger, y este es un asunto en que encontrará ambas cosas. ¡Buena suerte, señor Granger!

El funcionario del Servicio de Información de Liberia salió inmediatamente de la estancia.

John vio cerrarse la puerta y entonces miró el sobre que tenía en la mano derecha, mientras con la otra se rascaba el mentón.

CAPÍTULO II

Eran las diez de la noche. John Granger, después de cambiar su traje por otro más tropical, abandonó su apartamento del Hotel Roosevelt y bajó al comedor.

Hacía tan solo una hora que había llegado a la capital de Liberia. Ya en el salón, se sentó ante un taburete del bar y pidió a un mozo de color un *whisky* doble. Entretanto lo servían dirigió una mirada a su alrededor. Había muy pocas mesas ocupadas por comensales rezagados, pero su atención quedó retenida en una de ellas, a la que se sentaba la mujer más hermosa que había visto en un buen montón de meses. Era morena, de cabellos negros y ojos azules, rostro perfecto y cuerpo armonioso. Se cubría con un vestido de noche de generoso escote.

Estaba cenando en compañía de un hombre de unos treinta y cinco años, de rostro no mal parecido.

Cuando el *barman* le dejaba delante el vaso de *whisky*, John preguntó por la dama y aquel le contestó:

—Es la señorita June Marshall, ¿no la conoce? Ha sido muy famosa en su país.

Granger trató de recordar en qué aspecto pudiera haber sido famosa aquella mujer, pero no tardó en darse por vencido e inquirió:

—¿Qué es lo suyo?

—Fue *Miss Georgia* —respondió el empleado—. Pero ahora ha venido a Monrovia como decoradora. Actualmente se ocupa en la residencia del señor Trevor Peterson.

Aquel nombre fue como una clave mágica que iluminara la mente del investigador.

—¿Desde cuándo está aquí la señorita Marshall?

El *barman* frunció el ceño y Granger mostró su credencial de periodista y seguidamente un billete de cinco dólares.

—La señorita Marshall lleva poco más de tres meses en Monrovia, señor Fix —le informó el negro, cogiendo el billete.

—¿Y él?

—Luchino Ferzetti, un representante de una compañía dedicada a importación y exportación.

—¿Salen mucho juntos?

—La señorita Marshall alterna con otros hombres, pero Ferzetti

es su preferido. Por lo menos se la ve más aquí con él.

—Parece que van a una fiesta; ¿sabe dónde?

—Sobre eso ya no le puedo informar.

En aquel instante la pareja que había ganado su curiosidad se levantó. Granger pagó su consumición, dispuesto a seguirles.

Salieron a la calle y Luchino y June tomaron posesión de un «Cadillac» modelo 55. John se tuvo que contentar con un taxi «Ford», modelo 1929.

—Siga a ese coche color crema —ordenó al conductor, un negro de nariz enormemente achatada.

Pero, como cabía esperar, el «Cadillac» tomó pronto una gran delantera al vehículo que lo seguía. Se acabó la persecución cuando el primero dobló por una curva.

—¿Dónde diablos se puede haber metido? —preguntó Granger al taxista, después de recorrer tres millas por una carretera sin que descubriesen el menor rastro del coche conducido por Ferzetti.

El negro se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. Corrieron demasiado para mi «Tom».

Johnny maldijo a su «Tom» y a su ignorancia.

—Está bien —rezongó—. Volvamos al hotel.

El taxista iba a maniobrar para iniciar el regreso cuando otro coche de imponente aspecto pasó a su lado, rugiendo. Granger decidió correr el albur.

—Siga a ese coche —ordenó repentinamente.

El conductor no se hizo repetir la orden y emprendió una segunda galopada.

El nuevo vehículo perseguido dobló por un camino increíblemente asfaltado y, poco después, se detuvo ante una casa enorme, cuyas ventanas aparecían brillantemente iluminadas.

Johnny descubrió a un lado un gran número de coches aparcados, entre los que destacaba el «Cadillac» 1955.

Dijo al taxista que se detuviese al final de la fila y luego saltó a tierra, ordenándole que esperara.

Dio la vuelta a la casa, observando una terraza en la que se bailaba al son de una orquesta. Decidió que tenía que arreglárselas para penetrar en el interior sin ser visto, ya que no podía arriesgarse a que le diesen con la puerta en las narices. Se dio cuenta de que en la parte más meridional de la terraza apenas había luz y de que sobre los muros crecían enredaderas que se elevaban hasta la parte superior. Probó suerte para ver si las plantas podían soportar su peso y aun cuando alguna se quebró, encontró suficiente punto de apoyo para, ascender poco a poco. Llegó arriba con bastante

dificultad, pero al fin se encontró sobre la terraza que era su objetivo. Pasó varios minutos limpiándose el traje y, tras encender un cigarrillo, se dirigió resueltamente al lugar donde se celebraba la fiesta.

Había mucha gente de color, pero también abundaban los europeos. No menos de cien personas se distribuían entre la pista de baile, fantásticamente iluminada, y un salón en donde se comía, bebía y conversaba.

Al cabo de unos diez minutos de ir de un lado para otro descubrió a June Marshall. Como era de suponer, ejercía su fascinación entre un grupo de invitados. Seis hombres exactamente la rodeaban sonriéndole, tratando cada uno de acapararla.

Decidió que era un buen momento para emprender el ataque y se encaminó hacia donde se hallaba la joven, abriéndose paso entre sus admiradores. Antes de que ella se pudiera dar cuenta, él la enlazó por el talle y la besó en los labios, exclamando al separarse:

—¡June! ¡Si es la gran June!

La hermosa abrió unos ojos como platos y fue a decir algo, pero ya Granger la había prendido del brazo y se la llevaba casi a rastras, lejos del alcance de los no menos asombrados caballeros.

—¡Eh, oiga! —pudo exclamar al fin ella, tratando de desasirse de él—. ¿Pero quién diablos es usted?

Él se detuvo perplejo, retrucando:

—¿Cómo que quién soy? ¿Es que no te acuerdas de Jimmy Fix...? ¡Tu Jimmy, June!

—¡Usted se confunde, señor Fix! ¡Yo no lo he visto en mi vida antes de ahora...!

El dio un manotazo en el aire, replicando:

—Vamos, pequeña. Déjate de bromas.

—Le juro que es cierto. Debe de haberme tomado usted por otra persona.

—¿Cómo es posible que se te haya olvidado? Fue en Atlanta, aquella noche de la fiestecita... ¡Casi nada! ¡Miss Georgia!

June, sin dejar de fruncir el entrecejo, mostró en el rostro una expresión vacilante.

—¿Está seguro, señor Fix?

—¿Cómo si estoy seguro? ¿Es que necesitas más detalles? —aquí Granger guiñó el ojo derecho en un gesto picaresco.

—¡Oh, no! —le atajó ella, rápidamente.

—Bueno, en tal caso será mejor que apees el tratamiento. Ya es hora de que me llames como entonces, Jimmy. Anda, vamos a recordar aquella noche bailando un poco.

Granger había empleado un truco, para acercarse a aquella mujer, que tenía posibilidades de éxito. Era lógico que una «miss», al ser elegida para ocupar tan alto rango, fuese festejada frecuentemente durante los primeros días de su reinado y, ¿cuántos hombres conocería en el transcurso de esas fiestas? Se contarían por centenares. El que cualquiera intimase con ella estaba dentro de lo lógico, así como que la joven hubiese alternado preferentemente con alguno de sus asediadores.

Llegaron a la pista y él la enlazó por la cintura, iniciando unos pasos del bolero que interpretaba la orquesta; June se dejó dominar dócilmente.

El dejó pasar un minuto en silencio y luego preguntó:

—¿Qué haces aquí, June? Este es el último rincón de la tierra en que habría imaginado poderte encontrar.

—Soy decoradora.

—¿Es posible?

—Me gradué en la Universidad de Atlanta y fue después cuando resulté elegida «miss».

—Creí que terminarías como las demás, en Broadway o en Hollywood.

—Para llegar a uno de esos dos sitios me exigían algunas cosas que yo no estaba dispuesta a conceder.

Johnny miró a los profundos ojos de la muchacha, preguntándose si aquella contestación sería realmente sincera.

—Eso es bonito —declaró—. Pero sigo sin comprender cómo has llegado hasta Monrovia.

—Un amigo de mi padre trabaja en la Firestone, compañía que tiene aquí plantaciones de caucho. Se tomó interés por mí e hizo algunas gestiones en Liberia sobre las posibilidades que yo podría tener ejerciendo durante cierto periodo de tiempo mi profesión. Sus gestiones dieron fruto y vine contratada para decorar la casa de Trevor Peterson.

—¿Quién es ese fulano?

June lo asaeteó con la mirada y replicó en tono de reconvención:

—No es un fulano... Se trata de un caballero. Mucho más correcto que la mayoría de los aristócratas de Boston. Es un verdadero artista y le gusta rodearse de todo lo exquisito.

—¿Qué hace para lograrlo? Yo trabajo como un enano y poco antes de salir de nuestro país me retiraron el coche por no haber podido pagar el tercer, plazo.

—Creo que tiene intereses en casi todos los negocios fuertes que se realizan en Liberia, e incluso en colonias francesas e inglesas.

Pero, concretamente, no sé decirte nada, ya que a mí no me ha interesado conocer sus actividades. He venido para hacer un trabajo y solo me importa cobrarlo. No me puedo quejar hasta ahora. Todo lo contrario. El señor Peterson me viene pagando puntualmente de acuerdo con el contrato que firmamos.

—En tal caso debo felicitarte. Es una suerte encontrar un mirlo blanco en los tiempos que corremos.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Liberia?

Granger sonrió, respondiendo:

—Por lo visto, has olvidado incluso lo relativo a mi profesión.

—Tengo muy mala memoria.

—Soy periodista, del «Star» de Nueva York. He venido a hacer un reportaje sobre ciertos aspectos de la vida en este país.

—¿Y cuánto tiempo permanecerás aquí?

—No lo sé. Depende de las facilidades que encuentre. Desde luego. Prefiero París a Monrovia.

La orquesta acabó de interpretar el bolero y los jóvenes salieron de la pista, volviendo a la sala.

Luchino Ferzetti se acercó a la pareja, sonriendo.

—¿Te diviertes, June?

—¡Oh, sí! Mucho. Te presento a James Fix, periodista y compatriota. Jimmy, este es Luchino Ferzetti, un buen amigo.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

—Me deja usted asombrado, señor Fix —dijo el italiano.

—¿Por qué?

—Creí que Liberia no era un país apetecible desde el punto de vista periodístico.

—Quizá lo sea dentro de unos días —contestó Granger, poniendo un cebo en la trampa.

Pero se equivocó si creyó que Ferzetti iba a caer en ella.

—¿Usted cree, señor Fix? —murmuró con un gesto de escepticismo—. Debe de estar mal informado. Liberia es el país más pacífico de África. Yo, en su lugar, iría a otros sitios donde buscar la celebridad. Tiene para elegir. Marruecos, Argelia, Túnez, Sudán, Kenya, África del Sur. Hasta en la Guinea francesa, ha habido recientemente un conato de rebelión.

—En esos lugares que usted cita hay ya verdaderos enjambres de periodistas, que mantienen al mundo informado del curso de los acontecimientos. Muchos amigos me llaman «el entrometido», y ¿sabe por qué?

—No tengo idea —repuso Luchino, enarcando las cejas interrogativamente.

—Porque donde no está armada la armo yo.

El italiano soltó una carcajada.

—Pues tendremos que tener cuidado, ¿no te parece, June?

La joven, que observaba atentamente el rostro de Granger tratando de recordar aquella noche de dos años antes en que él aseguraba haberla conocido, contestó:

—¡Oh, sí! Tengo la impresión de que Jimmy es un barril de pólvora.

Por aquella respuesta, Granger llegó a la conclusión de que la muchacha, además de bonita, era inteligente, ya que en modo alguno había aceptado, a ojos cerrados, la historia que él le había colocado para ganar su amistad.

En aquel instante un grupo de invitados penetró en el salón. Se oyeron grandes murmullos y Granger dedujo que entre los recién llegados debía encontrarse alguna personalidad.

Se separó de ellos un robusto mulato de unos cincuenta años de edad, cabellos negros ensortijados, ojos verdosos de un brillo intenso y maneras de *gentleman*, y acercóse adonde ellos estaban. Al detenerse sonrió y extendió la mano, una mano cuajada de brillantes, a June, diciendo:

—¿Cómo está, señorita Marshall? Celebro mucho que haya venido —luego observó el rostro del italiano y añadió—: Gracias por sus habanos, señor Ferzetti.

Desvió la mirada hacia Granger y la mantuvo en su rostro mientras June hacía las presentaciones.

—Este es James Fix, periodista, del «Star» de Nueva York. Le presento al señor Trevor Peterson, Jimmy.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos y Peterson dijo:

—Bienvenido a nuestro país, señor Fix. Si le puedo ser útil en algo, disponga de mí.

—Muchas gracias —contestó Granger—. Quizá tenga necesidad de aceptar su ofrecimiento.

El mulato seguía sonriendo al advertir a June:

—Ya sabe que saldremos mañana al amanecer.

—Perfectamente. Me retiraré de la fiesta enseguida. No quiero estar cansada antes de iniciar el viaje.

—¿Viaje? —repitió John—. No sabía eso, querida.

—¿Cómo? —murmuró Peterson—. ¿No le ha dicho nada a su amigo, June? A él pudiera interesarle acompañarnos.

—¿De qué se trata? —interrogó nuevamente el investigador.

Trevor siguió haciendo uso de la palabra.

—Nos dirigimos a Tuba, en la Costa de Marfil, al nordeste de Monrovia. La señorita Marshall me está decorando una casa y quiero que sus propios ojos vean las características de una cultura negroide que existe en esa región. He rogado a la señorita Marshall me decore un salón y dos habitaciones en ese estilo. Tal es el motivo del viaje —Peterson hizo una pausa y, tras un ligero carraspeo, concluyó—: ¿Le gustaría venir con nosotros, señor Fix? Es muy posible que encontrase cosas altamente sugestivas desde su punto de vista profesional.

Granger se maldijo interiormente por su mala suerte. Acababa de conocer a aquella criatura, hermosa como un ángel, y el destino la separaba de él al momento. Pero no podía aceptar la invitación de Peterson, por cuanto el viaje tenía como meta una población situada fuera de los límites de la república de Liberia, en la Costa de Marfil, una colonia francesa.

—Lo siento —declaró—. Es usted muy amable, señor Peterson, pero tengo orden de mi director de confeccionar una serie de artículos sobre Liberia.

—Muy bien. Nosotros estaremos de vuelta dentro de una semana. Si entonces continúa usted aquí y le puedo servir de ayuda... ya sabe que cuenta conmigo.

El mulato se despidió de todos y alejóse en dirección a la terraza.

Ferzetti también se fue, alegando que tenía que hablar con un amigo. Los dos jóvenes quedaron nuevamente solos.

Una cuestión le acuciaba a Granger. Saber a quién pertenecía aquella casa.

—No veo a nuestro anfitrión, June —dijo, lanzándose un poco a la ventura.

La muchacha escrutó el rostro juvenil una vez más y de pronto exclamó:

—Ya sé dónde fue, Jimmy.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—De nosotros, de la noche en que nos conocimos. Fue después de la función en el Teatro Tívoli de Atlanta. Lo recuerdo como si estuviera ocurriendo de nuevo. Nos presentó Gene Logan, presidente de la Unión Cívica.

Granger tragó saliva mientras movía afirmativamente la cabeza.

—Claro que sí —asintió—. Ya suponía que terminarías acordándote. Pero dejemos eso. Quisiera que me informases de algunas particularidades sobre esta reunión.

—¡Es usted un farsante, señor Fix!

Granger arrugó el ceño.

—¿Qué dice, June?

—Creyó que me tomaría el pelo, ¿eh? ¡Se equivoca, señor Fix!

—¡Pero June, es que vas a dudar de...!

—Deje esa historia —le atajó ella—. He recordado dónde lo había visto a usted. En el bar del Hotel Roosevelt. Se sentaba en un taburete no hace más de una hora mientras Luchino y yo cenábamos. Se ha creído muy listo inventando ese cuento relacionado con el concurso de belleza. Desde luego ha demostrado usted poseer una imaginación muy rápida, pero no le ha servido de nada.

Granger decidió arriar velas.

—Está bien, señorita Marshall. ¿Qué quería que hiciese? Me gustó con locura cuando la vi en el hotel y decidí establecer contacto aun cuando me fuese en ello la vida. ¿Qué culpa tengo yo de que sea usted tan bonita?

—¿Cómo ha conseguido usted entrar aquí? Apuesto a que ha tenido que soltar otro montón de mentiras a los de la puerta.

Granger levantó la mano como si se hallase ante un Tribunal de Justicia y dijo:

—Le juro que no.

—Vaya, al menos en eso se ha portado como una Persona.

—Trepé por las enredaderas de la terraza.

—¡Oh! —la muchacha hizo un mohín que a Johnny pareció delicioso—. Es usted un... ¡un tipo de cuidado! ¡Eso es lo que es!

June dio media vuelta y se alejó del lado de Granger toda ofendida.

Él estuvo observándola hasta verla desaparecer por la puerta que comunicaba con la terraza. Después se acercó a una mesa en que había muchas botellas variadas. Eligió una de *whisky* y se escanció en un vaso, cuándo bebía el primer trago una voz a su espalda, preguntó:

—¿Se divierte, señor Fix?

Granger se volvió, contemplando a un negro que pesaría más de cien kilos. Era de cara redonda, frente ancha y boca descomunal, pero lo más detonante que había en aquel cuerpo enorme era una corbata verde y roja en la que había dibujado un sifón. No necesitaba que se lo presentasen. Aquel tenía que ser Edward Quine, el policía del que le había hablado Hopfield en París.

—Es una fiesta muy agradable —comentó.

El otro cogió una pasta de una bandeja y la hizo desaparecer entre los labios. Se le quedó mirando fijamente y, al cabo de unos

segundos, tomó otra pasta y se la tragó igual que la otra, sin un parpadeo.

Granger no pudo por menos que recordar al gigantesco hipopótamo que había visto en cierto circo de Nueva York mientras le servían la comida.

—¿Quién le ha invitado, señor Fix? —inquirió el negro.

—No puedo decírselo. Es un secreto profesional.

—Periodista, ¿eh? Soy Edward Quine, de la policía local.

—Celebro conocerle. ¿Va algo mal en esta fiesta?

—No. Nada de eso. Todo marcha perfectamente, pero haría bien en limitar el campo de sus actividades, señor Fix.

Granger sopesó la situación. ¿Es que Quine sabía para qué había ido él a Liberia? En tal caso, demostraría ser más listo que Richard Hopfield. Pero también podía ocurrir que sus palabras tuviesen relación solamente con su entrada poco respetuosa en aquella mansión.

—¿Estará mucho tiempo entre nosotros, señor Fix?

—Solo unos días.

—Celebraré que le acompañe el éxito más sensacional —sonrió Quine.

Inmediatamente giró sobre sus talones y se separó de Granger.

El joven se dijo que estaba dando palos de ciego, pero esto era lógico que ocurriese. Hopfield había sido muy parco en sus explicaciones, si es que podían ser consideradas como tales sus palabras respecto a la posibilidad de un atentado contra el Presidente de la República.

Decidió que nada lograría allí, máxime ahora que Quine conocía su existencia.

Salió de la casa, se metió en el taxi que le estaba esperando y dio al conductor la dirección del Hotel Roosevelt.

Minutos más tarde, cuando pasaba de largo por el «comptoir», camino de su apartamento, el encargado lo llamó.

—¡Señor Fix...!

Granger volvió sobre sus pasos, recogiendo la carta que aquel le tendía explicándole:

—La traje un mensajero.

Granger dio las gracias y se la guardó en el bolsillo, pensando que Hopfield se había decidido a establecer contacto con él.

Subió la escalera que conducía al piso superior con ánimo de leer la misiva en su habitación. Abrió la puerta de esta y se introdujo en el interior. Encendió la luz y de pronto se sobresaltó al ver sentado en un sillón a Richard Hopfield.

—Me ha dado un buen susto —dijo John—. ¿Cómo diablos se las arregla para presentarse siempre de esa forma?

El funcionario del Servicio de Información no dijo nada.

Un rayo de luz brotó en la mente del joven. Si Hopfield estaba allí, ¿por qué le había escrito una carta? Sacó esta del bolsillo y se dirigió al visitante, apremiándole:

—¡Eh, oiga! Explíqueme esto antes de que me vuelva loco.

Pero Hopfield continuó inmóvil, mirándole fijamente.

Le puso una mano en el hombro y el negro se derrumbó en el suelo, quedando boca abajo.

Granger dio un salto hacia atrás, contemplando el mango del cuchillo que sobresalía de la espalda del hombre que lo había contratado en París y que ahora estaba muerto. Entonces rasgó rápidamente el sobre y sacó una cuartilla en la que habían escrito:

«Lárguese. Este clima no es bueno para su salud».

CAPÍTULO III

Granger examinó el cadáver, observando que la sangre de la herida había dejado de manar. Estaba coagulada.

Le registró los bolsillos, encontrándolos vacíos. Se irguió, dándose cuenta de lo que significaba para él la muerte de Hopfield. Tal como le había propuesto su misión en París, era muy posible que solo el conociese que John Granger estaba colaborando con el Servicio de Información de Liberta para descubrir a los participantes de un hipotético complot. Así las cosas, tenía que hacerse una forzosa pregunta: ¿Para quién trabajaba ahora? Solo cabía una respuesta: Él había recibido dos mil quinientos dólares a cuenta de sus servicios. Unos servicios que no había prestado, porque había de concluir; debía corresponder a la confianza depositada en él por su amigo. Aunque también tenía presente que, en el caso de descubrir a los saboteadores, era casi seguro que se quedaría sin cobrar el otro cincuenta por ciento del precio acordado.

Había algo más importante, una vez decidida esta cuestión. ¿Hacia dónde debería dirigir sus próximos pasos? Aquí se detuvo a pensar. Hallábase en la misma situación que un hombre atado de pies y manos.

Era evidente que, a pesar del secreto con que Hopfield quiso llevar aquel trabajo, los saboteadores habían adivinado sus intenciones, como lo probaba la existencia de aquella carta en que se le invitaba a abandonar Liberia. Pero él, Granger, no sabía nada de los enemigos con quienes tenía que enfrentarse.

De pronto el repiqueteo del timbre del teléfono le sobresaltó. Cogió el micro y con voz ronca dijo:

—Está bien. ¿Quién llama?

Una voz de mujer inquirió a su vez:

—«¿Hablo con el señor James Fix?»

—El mismo. ¿Quién es usted?

—«Eso no importa, señor Fix. Un amigo suyo me dio un encargo para usted».

—Bueno. Suéltelo.

—«Usted debe introducirse en la expedición del señor Peterson».

—¿Trevor Peterson? —inquirió Granger con no poca sorpresa.

—«Sí, señor Fix».

—¿Quién se lo dijo? ¡Deme su nombre y dirección! Necesito hablar con usted.

—«Eso es todo, señor Fix».

Luego de eso colgaron al otro extremo del hilo.

Granger golpeó el receptor, gritando:

—¡Oiga! ¡No se marche!

La voz de la telefonista del hotel ocupó el lugar de la otra.

—«Diga, señor Fix»

—Señorita, necesito saber desde dónde me han llamado.

—«Lo lamento, señor Fix, pero en Monrovia el teléfono es también automático, aunque hace poco tiempo que se inauguró».

Granger colgó de un humor de mil diablos. ¿Quién, demonios era aquella mujer? ¿June Marshall? No podía decidirlo. Solo había hablado un momento con ella y la voz cambia mucho a través del hilo. ¿Y el amigo? ¿A quién se refería la desconocida? ¿Richard Hopfield?

Y respecto al consejo de enrolarse en la expedición de Peterson, significaba salir de Liberia. ¿No coincidía con los deseos manifestados en la carta amenazadora que había recibido?

Todo aquello era muy complicado, pero tenía que resolver en un sentido u otro, y de la forma que lo hiciese dependería el éxito o el fracaso de la misión que le había llevado a aquel país africano.

Debía obrar con rapidez. Inmediatamente comunicó con el encargado del registro, preguntando el número de la habitación de la señorita Marshall. Era el 12. Salió y poco después pulsaba el timbre ante el apartamento de la decoradora.

Abrió June, cubriéndose con un batín de color rojo sangre. Intentó cerrar de un golpe, pero se lo impidió él, introduciendo un pie en el resquicio.

—¡Necesito hablar con usted!

—Creo que ya hemos hablado bastante; ¿quiere dejarme en paz, señor Fix?

Pero él pasó al interior y cerró a sus espaldas.

—¿Qué quiere? —inquirió ella, sin dejar de fruncir el ceño.

—¿Por qué no ha dado su nombre cuando me habló antes por teléfono?

June hizo un mohín de sorpresa.

—¿Está en su sano juicio, señor Fix? Yo no lo he llamado en ningún momento.

Granger se rasco la barba. También había fallado aquella andanada.

Pensó que podía interesar a la joven en su asunto, recabando

una ayuda que necesitaba, sin darle a entender el objeto de su estancia en la capital de Liberia.

—Estoy metido en un lío, señorita Marshall.

—No me extraña que sea así. Por lo visto, usted crea sus propias complicaciones. Ha intentado entablar amistad conmigo, echando mano a unos recursos que avergonzarían a un estibador del puerto de Nueva York, se ha introducido en una casa donde no había sido invitado, y ahora se cuela en mis habitaciones y me dice: «Estoy metido en un lío»... ¿Por qué no se larga de una vez?

—Acabo de llegar a mi apartamento y me he encontrado con un cadáver.

—¡No! —exclamó ella, convencida, de que su interlocutor le estaba colocando otra historia.

El chasqueó la lengua, comprendiendo su ironía.

—Le aseguro que es cierto, June. Tiene un cuchillo clavado en la espalda.

—¿Y qué quiere? —continuó ella en un tono humorístico—. ¿Qué diga a la policía que fui yo?

—Deseo que me hable de Peterson y sus amigos. Yo he llegado esta noche a Monrovia.

—Y al parecer trabaja aprisa, señor Fix. Está batiendo todos los récords.

—No me cree, ¿eh? Piensa que lo del cadáver también es una mentira. ¿Se convencería si lo viese?

—Es posible que empezase a concederle cierto margen de crédito.

—Está bien. Venga a mi habitación. Se encuentra en este mismo corredor.

Salieron, del apartamento y, poco después, Fix abrió la puerta del suyo, invitando a la joven a que lo precediese.

Ella pasó, inquiriendo:

—Bueno, ¿dónde está?

John entró moviendo el brazo para señalar el lugar en que había dejado el cadáver de Richard Hopfield, pero no llegó a completar el movimiento porque hubiese indicado un espacio vacío.

—Al parecer, el cadáver ha salido por su propio pie, señor Fix —murmuró June.

—¡No! ¡No puede hacerme eso a mí! —exclamé Granger.

Rápidamente examinó el apartamento hasta el último rincón en busca del muerto, pero hubo de admitir que, en efecto, allí no quedaba rastro de Hopfield.

Cuando miró a la joven la vio con los brazos cruzados,

observándole con una mirada de preocupación.

—¡No estoy loco, June!

—Tendré que comprobarlo. Lo primero que voy a hacer cuando llegue a mi cuarto es preguntar si se ha escapado alguno de su encierro.

Granger comprendió que todo estaba en contri suya y que no podría convencer a la joven con ninguna clase de argumentos.

—¿Conoce a Richard Hopfield, June?

—Naturalmente. Es un personaje muy conocido en Monrovia.

—Celebro que lo sea, porque ha de saber, señorita Marshall, que el cadáver que había aquí era el de ¡Richard Hopfield!

—¿De veras, señor Fix? Menos mal, creí que me iba a decir que era el de Marlon Brando.

—Continúa sin creerme, ¿eh? ¿Quiere apostarse algo a que estoy diciendo la verdad?

—No estaría mal ganarle unos dólares por su terquedad. ¿Le parecen bien cien?

—¡Hecho, June! ¿Cómo lo va a comprobar?

—Haciéndole una visita a Richard Hopfield. Hasta hablaremos con él y uno u otro cobrará la apuesta. Espéreme un momento en el vestíbulo.

Quince minutos más tarde los dos jóvenes se introducían en un taxi y June daba al conductor la dirección: Calle Kizzel, 32.

Cuando llegaron a su destino bajaron del coche y entraron en un bar cuyo nombre era «El Trópico»

Dirigiéronse directamente a la barra tras la que se hallaba un hombre de pelo negro, ojos saltones y barbilla en la que mostraba una pequeña cicatriz.

—Hola, Tim —le saludó June—. ¿Quieres servirnos dos Martinis?

Granger giró una mirada a su alrededor. El local era pequeño y no muy numerosa la clientela. Tan solo había ocupadas cuatro mesas por gente de color.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó a la muchacha.

—Yo he venido a cobrar cien dólares —sonrió June. Y cuando el *barman* colocaba ante ellos los dos Martinis, preguntó—: ¿Está el señor Hopfield, Tim?

—Sí, señorita. Dentro.

—¿Quieres decirle que salga? Un amigo mío quiere conocerle.

Granger estaba perplejo y más lo estuvo cuando vio aparecer al hombre que respondía a la identidad de Richard Hopfield. Medía

cerca de dos metros de estatura y era robusto, musculoso, de cara simpática. Solo se parecía al que él había conocido en París en la piel negra.

—¿Cómo está, señorita Marshall? —saludó—. Celebro verla por aquí.

—Este es James Fix, Dick. Un compatriota.

Granger preguntó en un murmullo:

—¿Se llama usted Richard Hopfield?

—Así es, señor Fix.

John se sentó en el taburete, apesadumbrado. Era lo último que le faltaba saber en aquel condenado asunto. De pronto vio ante su nariz la mano abierta de June, exigiéndole el pago de la apuesta.

Sacó el fajo de billetes y depositó sobre ella los cien dólares.

El verdadero Hopfield fue llamado desde el otro extremo de la barra y dejó a sus jóvenes clientes solos.

Granger bebió de un trago el Martini, pidiendo inmediatamente dos *whiskys* dobles.

—Yo no quiero beber más —dijo June.

—Me lo figuro. Son para mí.

—Si vio sereno un cadáver en su apartamento, ¿cuántos descubrirá con el estómago lleno de *whisky*?

—Ande, ríase de mí... Puede carcajearse.

—No se disguste conmigo, señor Fix. No tengo la culpa de que le hayan embromado.

—No se trata de ninguna broma, June. Desgraciadamente, es más serio de lo que supone y todo esto confirma que Hopfield tenía razón. Quiero decir el muerto que hallé en mi habitación.

—Está peor de lo que suponía.

—De acuerdo, no me haga caso. Pero es muy importante para mí que vaya con ustedes a Tuba.

—No. Eso sí que no —exclamó, con voz compungida, la decoradora—. Sería algo superior a mis fuerzas.

—¿Dónde puedo ver al señor Peterson?

—No se lo diré.

Granger dio un suspiro, alegando:

—Escuche, señorita Marshall. Le prometo no crearle más complicaciones si me da la oportunidad de formar parte de esa expedición. Además, ya sabe que, si no me ayuda, lo conseguiré de todas formas inventando cualquier truco.

La joven lo miró fijamente durante un rato, diciendo después:

—No sé por qué lo hago, pero le voy a conceder la última oportunidad.

—¡No sabe cuánto se lo agradeceré, ricura!

Miss Georgia saltó del taburete y se introdujo en una cabina telefónica, donde permaneció unos minutos. Cuando acabó de hablar, regresó junto a su compañero declarando:

—El señor Peterson se alegra mucho de que haya usted aceptado su invitación, señor Fix.

—Gracias, June. ¿Cuándo saldremos?

Ella consultó su reloj, exclamando:

—¡Santo cielo! Si la partida está anunciada para dentro de seis horas. ¡Qué cara voy a tener mañana!

—La bonita de siempre.

—No me gustan las adulaciones, señor Fix, y vámonos ya.

Cuando, media hora más tarde, se despedían en el corredor del hotel, ella le dijo con voz lastimera:

—Y... ¡por lo que más quiera, señor Fix!... Si encuentra otro cadáver, quédese a la dirección, pero... ¡a mí déjeme dormir en paz!

John sonrió viéndola desaparecer en el apartamento y luego se introdujo en el suyo.

No. Esta vez no encontró ningún cadáver.



Los negros se dirigieron hacia la casa...

CAPÍTULO IV

La expedición se componía de dos automóviles y un camión. En el primer coche viajaban Trevor Peterson, June Marshall, Luchino Ferzetti y un cazador profesional, Charles Biof, de unos treinta y cinco años de edad, rostro excesivamente anguloso, nariz prominente y ojos de mirada hipnótica. El segundo vehículo llevaba como pasajeros a John Granger y tres personas más a quienes había conocido en el momento de la partida de Monrovia. Eran Louis Bardot, miembro del Instituto Francés del África Negra; su mujer, Simonne, de unos veintiséis años, atractiva, llena de ese encanto típicamente parisino que Granger había tenido oportunidad de conocer en el transcurso de su estancia en la ciudad del Sena, y Marton Deutsh, etnólogo, inglés, pero de padres alemanes.

Granger hubiera preferido tener como compañera a June Marshall, pero fue Peterson quien hizo la distribución de las plazas y hubo de conformarse con el lugar que le dieron.

Los vehículos, después de varias horas de viaje, se acercaban a la frontera de la Costa de Marfil. Su meta era Toulepleu, ya dentro de la colonia francesa. Una vez allí se decidiría el camino para ir a Tuba, porque cabía la posibilidad de continuar hacia el norte de Toulepleu, si la carretera estaba en buenas condiciones a pesar de las lluvias caídas en los últimos días, o bien seguir la dirección Este hasta Guiglo, donde había una pista que conducía a Man, mucho mejor que la otra.

En aquel instante corrían por entre los mangos, donde pululaban monos de nariz blanca que hacían muecas al paso de los viajeros o se ejercitaban en el trapecio.

—¿Qué diría el doctor Salk si viese este panorama? —preguntaba Bardot—. Seguro que haría suficientes vacunas contra la poliomielitis y un favor a la administración de estos países.

—No me interesan los «lokpouas» —repuso Marton Deutsh con la mirada perdida en el techo del vehículo.

El francés rio, dirigiéndose a Granger.

—¿Sabe, señor Fix? Marton tiene una obsesión. Los «gagous».

—¿Qué es eso? —inquirió John—. ¿Una variedad de la fauna del país?

—Peor que eso. Los «gagous» son unos negritos pigmeos que, según Marton, cruzaron media África huyendo de las tribus que los

exterminaban. Nuestro querido amigo mantiene la teoría de que, en cierto lugar misterioso, que él mismo aún no ha descubierto, se encuentran los restos de los «gagous».

—Pero tendrá alguna referencia para fundamentar tal posibilidad —comentó Granger.

Marton le dirigió una mirada suspicaz, diciendo:

—Desde luego que la tengo. Llevo ocho meses cruzando de punta a punta la Costa de Marfil y Liberia, habiendo encontrado ocultas herramientas que poseen grandes analogías con las que usan los pigmeos del Congo. Ya sé que esto no es una prueba para los estípticos. Esos utensilios están herrumbrados y me dicen que constituyen solo un testimonio de que los «gagous» fueron exterminados hace ya muchos lustros. Pero yo no me doy por vencido.

—Es una corazonada —rio Bardot, apartando la mirada del camino.

Su mujer le dio un brusco codazo, al tiempo que gritaba:

—¡Eh! ¡Que atropellas a ese mono! ¿Por qué no te fijas, querido?

Marton siguió explicando a Granger:

—Solo me queda por explorar la parte noroeste de la Costa de Marfil, o sea la región de Man y Tuba, precisamente donde nos dirigimos. Le agradezco mucho la oportunidad que me ha brindado el señor Peterson para perder mi última esperanza.

Bardot intervino nuevamente para manifestar:

—Nuestro amigo Deutsh vino a África haciendo uso de un par de centenares de libras que donó cierto lord inglés a la Sociedad Científica a que pertenecía. Pero, naturalmente, el dinero, llega a agotarse un día y eso es lo que le ocurrió a Marton. Se disponía a regresar a las Islas cuando Peterson tuvo la idea de decorar varias habitaciones de su residencia inspiradas en el arte yakuba.

—Debe ser muy interesante tal arte para que el señor Peterson haga este viaje con ese solo objeto.

—Bah, no lo crea. Peterson es millonario, pero también un diletante. Y ya sabe cómo son todos ellos. Tienen un capricho y lo realizan, aunque les cueste mil veces más del valor normal.

—¿Y usted, señor Bardot?... También tendrá su motivo especial para haberse unido a la expedición.

—Yo me hubiese quedado de buena gana en Monrovia, pero mi mujer se empeñó en que fuésemos con Trevor. Ella es abogado y está preparando un libro sobre la administración de justicia en las tribus del occidente africano. No sabe la de cosas interesantes que tiene reunidas. Anda, Simonne, cuéntale algunas de ellas.

—Le enseñaré un botón de muestra, señor Fix —dijo Simonne—. Así sabrá qué es lo que busco. Hace unos días asistí a un juicio en un poblado llamado Erika. Un negro había robado a otro una vaca, pero aseguraba que era suya. El juez, para conocer quién de los dos mentía, ordenó pasasen por la prueba del «pogo». Le diré en qué consiste. Es algo parecido al juicio de Dios medieval, pero llevado a sus últimas consecuencias. Se coge al demandado y se le echa veneno en la conjuntiva del ojo. Si chilla es culpable, si resiste la prueba es inocente.

—¡Son verdaderamente brutos! —exclamó Granger.

—Antes, en lugar de veneno, el juez establecía que el demandado metiese las manos en una sartén de aceite hirviendo. Si el que hacía la prueba se quemaba era declarado culpable. Pero ocurría que muchos negros se frotaban las manos con el zumo de cierto arbusto que les libraba de los efectos del aceite. Por ello se substituyó la sartén por el veneno en los ojos.

Transcurrió otra hora durante la cual no cesó el diálogo entre los viajeros, aprendiendo Granger muchas cosas típicas de aquel apartado rincón del mundo.

Por fin llegaron a Toulepleu, habitado por unos cincuenta europeos y muchos miles de indígenas. Casi todas las casas eran chozas con techos de bálago. Tenían forma circular y las puertas parecían peras invertidas. Se detuvieron en una pequeña plaza, llena de charcos por las lluvias recientemente caídas, y los viajeros se apresuraron a poner pie en tierra para desentumecer los músculos, después de las largas horas de traqueteo por un camino casi intransitable.

June Marshall se dirigió con su cámara fotográfica hacia un lugar donde jugaban varios negritos desnudos. Granger se apresuró a seguirla.

Los pequeños huyeron en cuanto los vieron aproximarse y Granger opinó:

—Se va a quedar sin su recuerdo. Al parecer, estos niños no simpatizan con los europeos.

Ella lo miró enarcando las cejas y repuso:

—Ignora usted muchas cosas de África, señor Fix.

Sacó una caja del bolsillo y la abrió, depositándola en el suelo. En su interior había una docena de bombones.

Pronto, por detrás de las chozas, empezaron a asomar sus cabezas los negritos, quienes al descubrir los bombones murmuraron entre sí. No había transcurrido un minuto cuando uno de los pequeñuelos acercóse adonde se hallaba June en compañía

de Granger. Tras aquel, fueron saliendo los demás, y el primero cogió la caja y empezó a repartir bombones entre sus cinco compañeros, reservándose los dos últimos para él.

June sonrió a Johnny, satisfecha de su triunfo, y el falso periodista se rascó el cogote, asegurando:

—La próxima vez no fallaré, June.

La muchacha, sin contestar, tiró unas cuantas placas de los felices muchachuelos. En aquel instante se les unió Luchino Ferzetti.

—¿Qué ha dicho Trevor? —preguntó June.

—Proseguiremos hacia el Norte dentro de una hora. Según le han informado a N'dri, el río Sassandra no se ha salido de madre todavía. Iremos bordeándolo hasta Danané y de allí a Man. Luego continuaremos por la carretera general hasta Tuba.

—¿Dónde haremos noche?

—Peterson tiene un amigo que posee una plantación de cacao al sur de Danané. Se llama Pierre Tourner. Vive en una buena casa y nos podrá alojar cómodamente.

N'dri, uno de los intérpretes que había contratado Trevor para aquel viaje, hablaba a gritos con un indígena en la plaza, y este, tras gesticular un rato, pareció quedar convencido de lo que le decían y salió disparado como un cohete, perdiéndose entre las chozas.

June inquirió:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nada de particular —contestó el italiano—. Ese negro va a avisar a Tourner de nuestra llegada.

—¿Y se ha ido a pie? —interrogó ahora Granger.

—Llegaría antes que nosotros, aun cuando partiésemos en automóvil al propio tiempo que él. Esos tipos han nacido para correr.

Efectivamente, cuando los expedicionarios llegaron a la plantación da Tourner, este bajó la escalinata de su casa para darles la bienvenida. El plantador era un hombre de unos cuarenta años de edad, robusto, de mentón puntiagudo y frente ancha. Estrechó en primer lugar la mano de Peterson, quién fue presentando a sus compañeros de viaje.

—Les he preparado un aperitivo para antes de la cena —anunció Tourner más tarde.

Subieron a la terraza donde había cómodos sillones de mimbre y hamacas. Tourner dio unas palmadas. Inmediatamente dos negros trajeron sendas bandejas. En una de ellas había botellas de Martini, *whisky* y vasos, y en la otra unos platos que a Granger le llamaron la

atención. Estaban llenos de unas cositas negras cubiertas de sal.

John vio cómo todos se apresuraban a comer aquel extraño aperitivo. Él, por no ser menos, cogió un puñado, encontrándolas sabrosísimas.

—¿Qué es esto? —preguntó a Louis Bardot, que se sentaba a su lado.

—Hormigas.

Granger pegó un salto en el sillón, interrumpiendo el movimiento de su mano cuando se disponía a comer otro montón de termitas.

El francés soltó una carcajada.

—¿No las encuentra de su gusto, señor Fix? Es uno de los platos más deliciosos de la cocina africana. Se cogen las termitas, se lavan concienzudamente y se les echa sal para matarlas. Luego se repite la operación. Otro lavado, un nuevo secado, y por último se las sala ligeramente y quedan listas para servir. ¿No ha notado el agradable gusto a avellana? Son la mar de buenas para acompañar los combinados, aunque tampoco están mal si se las come solas. Pero yo, personalmente, prefiero las cucarachas chinas.

Granger, a pesar de las alabanzas que Bardot le hacía de aquella tapa, perdió el apetito automáticamente.

De pronto, los negros que habían quedado junto a los vehículos se pusieron a correr, gritando como condenados.

Los europeos se pusieron, en pie para saber la causa de aquel alboroto y vieron cómo N'dri y sus auxiliares corrían a guarecerse detrás de la casa. Entonces, por el camino que llegaba a la plantación, apareció un negro albino vestido con harapos.

Granger, que al levantarse había quedado muy cerca de June, sintió que esta retrocedía, estremeciéndose.

El albino se detuvo frente a la terraza y levantó los ojos hacia los que estaban arriba, observándolos hipnóticamente. Así estuvo largo rato, sin que nadie se decidiese a romper el silencio, y por último dio media vuelta y se alejó, andando tan lentamente como lo había hecho al llegar.

Todos volvieron a sentarse, excepto Granger, quien curioso por la escena presenciada, preguntó una vez más.

—¿Me pueden decir el significado de lo que acaba de suceder?

Trevor Peterson, que estaba llenando de tabaco la cazoleta de su pipa, contestó:

—En toda África los albinos están considerados como seres malditos. Son los parias, los condenados a vivir en las tinieblas, ocultos a los ojos de los habitantes de todas las aldeas. Por ello,

cuando alguien encuentra a un albino, puede estar seguro de que una desgracia está a punto de sobrevenirle. Serán inútiles cuantos sacrificios haga por alejar a los malos espíritus. El albino lo ha sentenciado y no le valdrá ninguna clase de apelaciones.

—Entonces, su presencia de hace unos instantes, ¿cómo la traduce usted?

—De acuerdo con las creencias, ha de ocurrir alguna tragedia en nuestro viaje. Uno de nosotros, por lo menos, va a morir.

—¡Al infierno con eso! —exclamó Bardot—. ¡He estado recorriendo África durante los últimos seis años y me niego a admitir tal paparrucha!

—¿Ha tenido usted oportunidad de comprobarlo, señor Bardot? —preguntó, suavemente, Peterson.

—No, desde luego que no. Jamás hasta hoy me había encontrado con un albino. Me habían dicho que los pobres seres solo salen de noche. Este es el primeo que he visto.

—Así pues, ahora, poseerá un testimonio definitivo que le servirá para saber a qué atenerse.

Bardot sonrió.

—Al parecer, cree usted en tal maldición. ¿No es cierto, señor Peterson?

—Le contaré una historia y usted juzgará. Un día, hace ya de esto algunos años, volvía de cazar de la selva andando por un estrecho sendero débilmente iluminado por la luz de la luna. De pronto, vi venir hacia mí a un hombre que parecía de plata. Flotaba como un fantasma. Se me erizaron los cabellos y me oculté, pero fue en vano. Él me había visto. Era un albino. Al llegar a mi altura se detuvo, dio media vuelta y clavó sus ojos en los míos. Se me heló la sangre en las venas. Jamás olvidaré aquellas pupilas que parecían haber perdido la vida. Duró solo un minuto, él se volvió otra vez y siguió andando hasta desaparecer entre el follaje. Continué hacia mi casa, maldiciendo mi ocurrencia de haber salido solo aquella tarde. Logré serenarme diciéndome a mí mismo que, después de todo, no debía creer en semejante historia, producto de la hechicería o magia de las tribus salvajes. Pero cuando llegué a mi casa...

Peterson hizo una pausa que todos cuantos le escuchaban respetaron emocionadamente. El prosiguió luego, con voz ronca:

—Mi mujer había muerto. Aún no hacía media hora de ello, es decir en el momento en que el albino me estaba mirando con sus ojos.

—¿De qué murió? —preguntó Granger.

—Se había sentido repentinamente indispuesta y se retiró a su habitación diciendo a una de las criadas que iba a descansar, pero, al poco rato, la servidumbre oyó un grito y cuando penetraron en su dormitorio la encontraron muerta. El doctor que acudió a examinarla solo pudo comprobar que había dejado de existir. Un fallo en el corazón... un síncope. Esa fue la explicación científica, pero... yo sabía algo que desde luego no dije al doctor.

Tras el relato hubo otra pausa que Bardot interrumpió, declarando:

—Lo siento, señor Peterson, pero pienso que solo existió una fatal coincidencia.

Tourner se levantó y dijo diplomáticamente:

—Si quieren ustedes asearse, pueden hacerlo. Cenaremos dentro de una hora.

La cena transcurrió en medio de un embarazoso silencio. En todos los ánimos pesaban los últimos acontecimientos. Tan solo Bardot, que bebía ininterrumpidamente el buen vino que les había servido el anfitrión, trataba de iniciar un diálogo interrogando a los restantes comensales, los cuales se limitaban a contestar con monosílabos.

Al terminar, todos coincidieron en la idea de que debían acostarse inmediatamente, ya que al día siguiente deberían reemprender el camino en cuanto naciese el sol.

La casa era grande y, a pesar de que ellos eran muchos, hubo habitaciones para que se distribuyesen de dos en dos. Las dos mujeres durmieron juntas y por un azar, Granger tuvo como compañero de dormitorio a Louis Bardot.

Las libaciones habían llenado de optimismo a Bardot y no cesaba de hablar mientras cambiaba su rota por el pijama.

—¿Lo ha oído, señor Fix? ¡Albinos!... ¡Como si no fuesen hombres de carne y hueso como los demás!... Es inverosímil que personas cultas crean semejantes ingenuidades. ¿Se da cuenta?... ¡África entera, de Norte a Sur, de la Costa del Atlántico hasta el Mar Rojo, está llena de supersticiones!... Va uno a pegarle un puntapié a un perro y arma una guerra civil, porque resulta que el can es el «tótem» de la familia que vive en la choza de al lado. Lo mismo le ocurrirá si pretende apoyarse en un árbol que crece en cualquier plaza rodeada de chozas. ¡Figúrese, Fix!... ¡Hay hasta brujas que dan besos que matan!

Granger no pudo menos de pensar en lo que le podría ocurrir si los labios de June lo besasen a él.

—¡Condenado país!... —siguió diciendo Bardot—. Es difícil

resistir todo esto sin que se vuelva uno loco... Y, ¿sabe lo que le digo? ¡El día menos pensado me hartaré y saldré disparado hacia Francia! ¡Y jamás volverán a saber de mí...!

La habitación contenía dos camas y el francés, sin dar ninguna explicación, tomó posesión de la que estaba más cerca de la ventana. Granger tuvo que conformarse con la otra.

Sobre la mesita de noche que separaba ambos lechos ardía una lámpara de petróleo y Granger, tratando de evitar que su compañero prosiguiese su monólogo, hizo ademán de apagarla.

—¡Espere! —interrumpió Louis—. ¿Sería capaz de dormir con la ventana cerrada? Hace un calor terrible.

Johnny sabía que el calor de Bardot era más bien interno, pero desde luego el clima no era el de la Costa Azul y accedió de buena gana a que abriese. Luego él apagó la llama que iluminaba la habitación y se acostó. Tras escuchar durante un rato los resoplidos que daba Bardot, quedóse dormido.

Se despertó al creer oír un brusco golpe. Enderezóse en la cama observando la ventana y percibiendo claramente el ritmo de la respiración de Bardot. Mil ruidos confusos llegaban de la selva cercana. Era verdaderamente algo impresionante y mágico a la vez. Había que prestar mucha atención para darse cuenta de ello, ya que al pronto parecía no oírse nada. Pero así, como estaba él, con los cinco sentidos alerta, los ruidos se apreciaban perfectamente. Era el runrún de una naturaleza salvaje resistiéndose a ser dominada por el hombre blanco. Todo aquello contribuía a crear una atmósfera tensa, una atmósfera en la que existía un peligro palpitante, inmediato. De súbito sobre aquel complejo de sonidos extraños escuchó uno más claro, parecido al roce de una mano sobre la madera. Se tendió lentamente doblándose en dirección a la ventana para tener siempre los ojos puestos en ella. Al poco rato de espera, una forma humana apareció en el hueco, unos ojos brillaron entre el parpadeo de las estrellas que había al fondo. El intruso descendió sigilosamente, entrando en la habitación. En su mano derecha relucía la hoja de un cuchillo.

Granger relajó los músculos, dispuesto a hacerlos saltar como muelles en el momento preciso.

El asesino se deslizó con suavidad hasta la cama de Bardot. Se agachó sobre él y Johnny estuvo a punto de abalanzarse, pero de súbito dio la vuelta acercándose a la otra cama. ¡Era él, Granger, su presa!

Johnny entrecerró los párpados y, cuando aquel bajaba el brazo para asestarle la cuchillada fatal, arrojó lejos de sí el embozo y

atenazó férreamente a aquel saltando de la cama. La conjunción de estos dos movimientos significó una llave de la que el asesino no se pudo librar, y desplomáronse ambos en el suelo.

Bardot se despertó sobresaltado, gritando:

—¿Qué ocurre?

Mientras tanto, los dos hombres, confundidos en un desesperado abrazo, luchaban por su vida, rodando una y otra vez.

Louis encendió la lámpara en el instante en que John se deshacía de su enemigo, fulminándolo de un terrible derechazo. Se levantó, sopesando el cuchillo mientras observaba al hombre que había intentado asesinarlo. Era un negro de edad indefinida, estatura regular y cara surcada por cicatrices.

Bardot lanzó un silbido, exclamando a continuar.

—¡Por la Torre Eiffel! ¿Qué significa esto, Fix?

—Probablemente que alguien está interesado en dar la razón al albino.

—¿Usted cree? ¡Eso es! —asintió, con voz triunfal Bardot—. Ya le advertí que no eran solo historias.

En aquel momento golpearon repetidas veces a la puerta desde fuera.

—¿Está ahí, Bardot? ¿Y usted, Fix?

Era la voz de Trevor Peterson.

Granger abrió la puerta franqueando el paso a Trevor, Luchino y Charles Biof, el cazador profesional.

Todos quedaron asombrados mirando el cuerpo exánime que había en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Trevor, desviando la mirada hacia Granger.

El joven le tendió el cuchillo que había quitado al desvanecido indígena, replicando:

—Este tipo ha intentado asesinarme.

—¿Lo conoce usted?

—En mi vida lo he visto antes de ahora.

—Entonces, ¿qué razón tenía para matarlo?

Granger miró fijamente al millonario, diciendo:

—Puede que me haya visto en Toulepleu y no le haya gustado el color de mis cabellos o la forma de mi nariz.

—Esos indígenas matan por algo más importante, señor Fix.

—Eso lo voy a saber enseguida —repuso Granger—. En cuanto este bicho vuelva en sí, le aplicará un procedimiento capaz de hacer cantar a un mudo.

—No le valdrá de nada, Fix —alegó Charles Biof—. Estos

hombres son peores que mudos. Se ha juramentado para matarle a usted y no hay fuerza humana capaz de hacerle confesar el motivo que tiene para perpetrar su delito. Le puede cortar en pedazos, quemarle la planta de los pies o clavetearle las uñas con cañas de bambú. Es igual. No conseguirá nada.

—No pensaba, desde luego, utilizar esos métodos que menciona. Pero ya que dice usted eso, quizá le parezca bien que le conceda una medalla de consolación por haber fallado el golpe.

El cazador hizo una mueca, murmurando:

—Siento que lo tome así. Trataba solo de explicarle que el negro no tiene nada de racional.

Pierre Tourner apareció en escena y, tras informarse de lo ocurrido y echar una ojeada al indígena que empezaba a recobrar el conocimiento, dijo:

—Yo tampoco lo conozco, pero, desde luego, pertenece a la tribu de los yakuba.

—Estupendo —comentó Granger—. ¿Esa tribu no se halla en el lugar a qué nos dirigimos, señor Peterson?

—Así es —contestó el interrogado.

—Pues entonces nos lo llevaremos con nosotros y quizá allí podamos sacar algo en claro.

La proposición de Granger fue aprobada y Biof se encargó de vigilar al negro hasta llegar a Tuba.

Se marcharon todos y volvieron a quedar solos los expedicionarios que compartían el dormitorio.

—Menudo susto me ha dado, Fix —manifestó Bardot, que parecía haberse recuperado de los efectos del alcohol.

—Bah, no ha tenido importancia —opinó John, mientras se acostaba.

El francés frunció el entrecejo, preguntando:

—¿Es posible que vaya a continuar durmiendo?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Ya ha terminado la función.

Bardot se le quedó mirando extático durante un buen rato y, finalmente, tragó saliva y balbució:

—¿No le parece... no le parece que debía cerrar ventana? Creo que ha refrescado bastante.

Granger sonrió, replicando:

—Puede hacer lo que guste.

Bardot no necesitó más. En un instante se abalanzó sobre la ventana y la cerró rápidamente.

Johnny, cuando ya el otro se había acostado, pensó en que el viaje a Tuba iba a ser muy provechoso, si es que, naturalmente,

llegaba vivo a aquella ciudad.

CAPÍTULO V

Poco antes de amanecer descargó una terrible tormenta. Los relámpagos cruzaban el cielo, y tras el tableteo ensordecedor, las nubes rajaron sus vientres, dejando caer sobre la tierra toneladas de agua. Era como un diluvio. Cualquiera que no conociese aquello, caso en que se encontraba Granger, habría jurado por su alma que en poco tiempo tendrían que salvarse de aquel lugar nadando.

Fue el primero en despertar y se admiró de que Bardot continuara dormido a pesar de la terrible batalla que se desencadenaba fuera.

Como no oía su respiración se decidió a zarandearlo.

—¿Qué ocurre ahora? —gruñó el francés, entre sueños todavía.

—¿Es que no lo oye, Bardot? Tenemos una tormenta encima de nuestras cabezas.

Louis se pasó la mano por el cabello revuelto y de pronto abrió los ojos, preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—Por cien mil diablos. ¿Y me ha despertado solo para oír esos truenos?

—¿Qué haremos? Va a resultar difícil proseguir.

—Eso es cosa de Peterson y apuesto a que él está, contento de que haya sobrevenido este temporal. Le servirá como prueba de esa historia de los albinos. ¡Vaya nochecita! ¿Qué le pasa a usted, Fix? No tiene el cabello plateado, pero al parecer lleva la mala suerte encima.

—Eso será porque, siendo yo pequeño, un tipo que me odiaba me metió una pata de rana en la cartera de los libros.

—¿Sí? —dijo Bardot ingenuamente. Y al darse cuenta de que Granger lo estaba embromando, exclamó—: ¡Váyase al infierno!

Pero Johnny solo se fue hasta donde se encontraba el lavabo y, después de ablucionarse, se vistió.

—¿A dónde va? —inquirió Bardot—. ¿Es que piensa, acaso, salir?

Granger no contestó hasta que abrió la puerta para abandonar la habitación.

—Es posible que encuentre setas en el bosque —declaró con sorna—. Es mi plato favorito para el desayuno.

Enseguida cerró, oyendo una expresiva maldición del francés.

Contra lo que esperaba, alguien había madrugado más que él y se hallaba en el salón-comedor.

Era Luchino Ferzetti. Leía unos papeles a la luz de una lámpara, y al oír pasos que se aproximaban guardó precipitadamente aquellos en el bolsillo de la camisa.

—¡Ah! ¿Es usted, Fix?

—Tampoco podía dormir con esta condenada orquesta. Pero usted debería estar acostumbrado, Ferzetti. ¿Cuántos años lleva en Liberia?

—Siete. Pero la razón de que me haya levantado antes no se debe a esos truenos, sino simplemente a que estaba insomne.

—¿Preocupado, quizá, por algún problema?

—Siempre los tiene uno. Pero ninguno es tan difícil que no admita solución.

Granger sacó un paquete de cigarrillos y se acercó a su interlocutor, ofreciéndoselo.

Encendieron pausadamente y, después de arrojar sendas bocanadas de humo, interrogó Johnny con cierta displicencia:

—¿Cuál es su razón, Ferzetti?

—¿Mi razón? No sé a qué se refiere, Fix.

—Todos tenemos una para ir a Tuba, pero la suya la ignoro. Creo me dijeron en Monrovia que usted es representante o apoderado de una firma de importación y exportación.

El italiano sonrió, replicando:

—Se interesa usted mucho por la vida de los demás, ¿verdad, Fix?

—Es simple curiosidad; recuerde que soy periodista.

De pronto Granger se dio cuenta de que en los labios de Ferzetti había una mancha de carmín. El descubrimiento lo dejó en suspenso. En aquella casa solo había dos mujeres que lo usaban. June Marshall y Simonne Bardot. ¿Quién de ellas había estado con Luchino Ferzetti minutos antes? ¿Qué significaban los papeles que había guardado bruscamente cuando él, Granger, irrumpió en la habitación? Hubiese dado muchas cosas por obtener alguna respuesta a tales preguntas, pero había de reconocer que en aquel momento no estaba en situación de encontrarlas. Todo era demasiado complicado, pero tenía al menos, una seguridad. La de que, conforme avanzaban las horas, aquella expedición le mostraba nuevas perspectivas aun cuando, por otra parte, se alejase más y más de Monrovia, la capital de un estado en que, de acuerdo con la predicción del falso Richard Hopfield, debía tener lugar un atentado

contra el presidente de la nación.

—¿Qué clase de periodista es usted? —fue lo que le preguntó Luchino.

—No estoy encasillado en ninguna especialidad. Me gustan todos los géneros, pero mis preferencias están por la política.

—¿Y cree usted que en la Costa de Marfil va a encontrar suficientes motivos políticos para satisfacer a sus lectores?

Granger pensó que debía lanzar una flecha para ver si daba en la diana.

—En la Costa de Marfil no, pero estoy seguro de que en Liberia encontraré más que suficientes.

Sobrevino un silencio tenso entre los dos hombres, que quedáronse mirando a los ojos. En ese instante llamaron fuertemente a la puerta.

Luchino fue a abrir y, cuando lo hizo, entró rápidamente un hombre calado hasta los huesos.

—¡Jacques Firet! —exclamó el italiano, observando al recién llegado.

Frisaba este en los treinta y dos o treinta y tres años de edad, y era fuerte, musculoso, de piel atezada, cabellos negros, ojos parduscos y rasgos faciales extremadamente correctos. Si Granger lo hubiese visto en París, más pronto lo habría identificado como un artista de cine que como un habitante de África.

Firet dejó junto a la pared el rifle que llevaba en la mano y miró con ojos brillantes a Ferzetti.

—¡Caramba, Luchino! ¿Tú por aquí? Te creía cargando sacos de cacahuets en el puerto de Monrovia.

Granger notó que el rostro de Ferzetti se teñía de púrpura. Sin embargo, cuando replicó, lo hizo en tono afectuoso.

—¿Qué es de tu vida?

El interpelado lanzó una carcajada.

—¿Qué crees tú? Sigo con mi negocio clandestino— y de pronto, al darse cuenta de que en la habitación había otro hombre al que no conocía, desvió la mirada hacia él, diciendo—: Supongo que no será usted de la policía, ¿eh?

—Es James Fix, un periodista americano.

—¿Americano? —repitió Firet—. Eso sí que es bueno. Me extrañaba no haber encontrado ninguno desde hace meses. ¿Cómo se las arreglan ustedes para meter las narices en todos los sitios? ¿Por cuenta de quién trabaja? ¿De la Coca-Cola?

Lanzó otra carcajada y, entonces, Johnny masculló:

—Repita otra como esa y le arrancó de cuajo la dentadura.

Firet cesó de reír tan súbitamente como había empezado.

—¿Se ha ofendido? Vamos, hombre. No sé ponga así. Era solo una broma.

—No admito bromas respecto a mi nacionalidad.

—Está bien, está bien —repuso el otro, conciliador—. Olvide mis palabras. No he venido aquí en son de guerra. Solo estaré los minutos necesarios. En cuanto escampe, me largaré.

Simonne Bardot entró en la habitación por la puerta que se hallaba enfrente de Granger el cual se dio cuenta de que la joven esposa, al ver a Jacques Firet, se detenía bruscamente e iniciaba la retirada. Pero Jacques la había visto y exclamaba:

—¡Por vida de los siete pigmeos! ¡Si es mi bella Simonne!

Simonne palideció visiblemente, preguntándole:

—¿Cómo estás, Jacques?

—¡De primera, preciosa! ¿No lo ves? Fuerte, como siempre, y dispuesto a hacerte la corte a la primera oportunidad que me des.

—Me he casado, Jacques —advirtió Simonne con voz firme.

Firet se quedó inmóvil mirándola con fijeza, mostrando en el rostro una mueca de perplejidad, como si dudase de las palabras que acababa de escuchar.

—¿Casada, Simonne? ¿Tú casada? ¿Con quién?

—Con Luis Bardot.

—¡No! ¿El representante del Instituto Francés del África Negra? —rompió a reír nuevamente y luego añadió—: Tiene que ser él. No hay otro Bardot en estos contornos. De acuerdo, señora Bardot. Le deseo un millón de felicidades. ¿No se dice así?

Hizo una pausa no interrumpida por nadie y, al cabo de un rato, explicó:

—Quizá le interese a usted, señor Fix. Puede escribir un buen artículo con el tema. Simonne me defendió en Abiyán. Es una gran abogada. Fui acusado por la Administración de tráfico clandestino con el marfil, pero no pudieron con ella. Fue grande, sí, señor. Simonne los batió a todos. Demostró que yo era un ciudadano respetuoso de las leyes y el tribunal me absolvió con todos los pronunciamientos favorables.

—Su historia carece de interés —comentó Granger, a quién la impertinencia de Firet le estaba revolviendo el estómago.

—Bueno. Tengo otras muchas que contar. Por ejemplo, lo que pasó después del juicio.

—¡Cállese, Firet! —ordenó Granger.

—Ella me había enviado una carta con un mensajero...

No pudo continuar porque, en aquel momento, el brazo de

Johnny cruzó el aire y su puño chocó con una fuerza terrible en la mandíbula del francés, el cual se derrumbó estrepitosamente.

Simonne lanzó un grito y salió corriendo de la habitación.

Firet se incorporó, restañándose con una mano el hilillo de sangre que le corría por la comisura de los labios.

—¡Maldito yanqui! ¡Te voy a!

—Anda, acércate y recibirás más —le invitó Granger—. Tipos como tú son los que me hacen falta para hacer un poco de ejercicio antes del desayuno.

Jacques atacó como un búfalo herido.

Granger lo recibió bloqueándole un directo e inmediatamente le replicó con un zurdazo al estómago.

Firet boqueó jadeando y, al bajar la guardia, Johnny le machacó un pómulos con la potencia de un martillo pilón.

El francés salió despedido hacia atrás, derribando una silla, y se estrelló contra la mesa.

—¿Es que han convertido mi casa en un *ring* de boxeo? —rugió Tourner.

Al propio tiempo que el plantador habían irrumpido en la sala Trevor Peterson, Louis Bardot y Charles Biof.

Firet se enderezó nuevamente, aunque, desde luego, había perdido gran parte de su belicosidad al darse cuenta de que se las tenía que ver con un enemigo de cuidado.

—¡Firet! —exclamó Pierre Tourner, mirando a su compatriota con ojos relampagueantes—. ¡Te dije, la última vez que estuviste aquí, que no quería que volvieras a pisar mi casa!

Jacques se limpió la cara teñida de sangre y barbotó:

—De acuerdo, cerdo... No debí haberlo olvidado.

Se dirigió a la puerta, cogiendo el rifle al pasar. Antes de salir se volvió mirando a Granger.

—Esto no terminará aquí, yanqui. Te lo prometo.

Luego salió, dando un terrible portazo.

Louis Bardot preguntó a Johnny:

—¿Qué ha pasado, Fix? Simonne está encerrada en su cuarto con June. He oído que estaba llorando. ¿Tiene algo que ver con esto?

—Nada —contestó el interrogado—. No tiene que preocuparse.

Peterson se acercó al americano, advirtiéndole:

—Deberá tener cuidado en lo sucesivo con Firet, señor Fix. Es un hombre peligroso.

—¿Es cierto que se dedica al tráfico clandestino de marfil?

—Es una de sus múltiples ocupaciones. También hace

contrabando con licores, y hasta se dice que ha vendido partidas de esclavos a los mercaderes árabes de Tombuctú.

—¿Qué se propone hacer, Trevor? —interrogó Luchino, cambiando de conversación—. Dentro de un momento cesará de llover, pero el agua caída habrá sido suficiente para dejar impracticable la carretera.

—Pueden quedarse veinticuatro horas conmigo hasta que el camino quede libre para la circulación —propuso Tournier—. Supongo que un día de retraso no alterará sus planes, Peterson.

—No sé qué decirle —murmuró Trevor.

—¡Yo sí! —exclamó en aquel momento Marton Deutsh, entrando en la sala—. ¡No puedo perder un solo día, señor Peterson! Nos hallamos cerca de Man y por tanto a pocas millas de Tuba. Estas lluvias impedirán a los pigmeos corretear por la selva y tendrán que mantenerse durante algún tiempo, un día o dos, en la montaña. ¿Se da cuenta? Si ahora no doy con ellos, confesaré que estoy equivocado.

Louis Bardot objetó:

—¡Váyase al infierno con sus pigmeos! ¿Es que se cree que vamos a coger una pulmonía por darle a usted satisfacción?

—¡Quédese usted si quiere! —le atajó Marton—. Parece increíble que sea usted representante de una institución científica.

—Estoy de acuerdo con usted, Deutsh —zanjó la cuestión Trevor—. Saldremos a la hora prevista. Creo será mejor dejemos los vehículos aquí mismo y continuemos a pie. Podemos llegar hoy al atardecer a Man y mañana estaremos en Tuba. En cuanto a usted, Bardot, puede quedarse, si lo desea.

—Desde luego me quedo. Todavía no he perdido a cabeza.

—¿Qué dices, querido? —inquirió la voz de Simonne que entraba en aquel momento en la sala en compañía de June Marshall.

Louis acudió al lado de su mujer y la besó en una mejilla.

—¿Por qué has llorado? —le preguntó.

—Estábamos recordando a nuestras respectivas familias —contestó, rápidamente, June—, y su mujer es muy sensible para esas cosas.

—¿Qué decías respecto a quedarnos, Louis? —inquirió, de nuevo, Simonne—. Sabes lo importante que es este viaje para mi trabajo.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Yo soy partidario de quedarme y tú de ir. No vamos a discutir por un fútil motivo. Estás en buena compañía. Yo seré huésped del señor Tournier mientras regresáis, y

luego volvemos todos juntos a Monrovia. ¿Te parece bien?

—Como quieras, pero preferiría que vinieses.

—Es asunto decidido, querida. A mí no se me ha perdido nada en Tuba.

Poco después, los expedicionarios desayunaban preparándose inmediatamente para salir hacia Man.

Turner insistió en cederles dos negros que habían de actuar como porteadores. A estos se debía añadir los tres que Peterson se había traído consigo desde Monrovia. N'dri, por su condición de intérprete, conocedor de doce dialectos de los ciento cincuenta y seis hablados en la Costa de Marfil, quedaba relevada de tan ínfimo trabajo.

Johnny salió a la terraza. Había cesado de llover. El aire olía a tierra mojada y una brisa fresca, vivificante, llegaba de la selva trayendo mil aromas silvestres. Sacó un cigarrillo y, cuando lo encendía, una voz dijo a sus espaldas:

—Gracias por lo que ha hecho.

Volvióse y vio delante de él a June.

—Va a lograr que me salgan los colores —sonrió Granger—. Pero dígame, ¿qué significa Jacques Firet en la vida de Simonne?

—Una decepción.

—Lo suponía, pero al parecer él no se conforma con su suerte.

—Probablemente, pertenece a esa clase de hombres para quienes la mujer es un simple objeto de posesión, ni más ni menos que una silla o una botella de *whisky*...

—¿Ha tenido ocasión de comprobarlo? —inquirió él, acercándosele.

—No.

Se miraron durante un largo minuto en silencio y, de pronto, él la enlazó por la cintura, atrayéndola hacia sí y besándola fuertemente en la boca.

Ella intentó desasirse en un principio, pero, finalmente, acabó por pasar su brazo por el cuello varonil aceptando el beso y colaborando en él con el cincuenta por ciento. Cuando se separaron, John preguntó serio:

—¿Quién besa mejor? ¿Ferzetti o yo?

June dio un paso atrás al tiempo que sus ojos despedían destellos de rabia y su pecho se agitaba embravecido.

Su mano derecha abofeteó el rostro de Granger. Después, dio media vuelta y entró en la casa.

Johnny se tocó la mejilla golpeada y luego miró el cigarrillo que había dejado caer antes de abrazar a la joven, aplastándolo con el

tacón de la bota.

CAPÍTULO VI

Hacia tres horas que los expedicionarios habían salido de la casa de Tournier. Ahora se habían detenido al encontrarse ante el río Sassandra cuyas aguas estaban muy crecidas. Un rústico puente había sido arrancado de cuajo. Todo ello suponía que el convoy tendría que seguir remontando la comente hasta encontrar un lugar vadeable. Así lo hicieron, pero treinta minutos más tarde se encontraron con un negro yakuba quien, sonriéndoles afectuosamente, propuso a los viajeros, por mediación de N'dri, el intérprete, el paso de todos los componentes de la expedición a la otra orilla.

Cuando Granger, que iba al lado de Simonne Bardot, oyó la traducción que hacía N'dri de la oferta del yakuba preguntó a la francesa:

—¿Cómo va a conseguir pasarnos?

Simonne repuso:

—Utilizan un medio especial. Nos transportarán al otro lado en «tipoye».

—¿«Tipoye»? —repitió Johnny—. ¿Qué es eso?

—Una especie de caja hecha con paja trenzada con unos brazos de madera que los negros se ponen sobre los hombros. Es un sistema de transporte peculiar entre los negros yakubas. Ellos conocen bien el Sassandra y por esta parte debe de haber algún vado.

La respuesta de Peterson fue afirmativa y el yakuba rogó que le siguiesen. Un poco más arriba había un par de docenas de indígenas al lado de un montón de «tipoyes». Cada uno de los expedicionarios se metió en una de las cestas e inmediatamente se inició la marcha. Granger se sintió balanceado al ritmo que imprimían los pies de los indígenas. Cuando estos se metieron en la corriente empezaron a cantar un sonsonete.

De pronto y en el momento en que Johnny se encontraba en mitad del río, sonó un estampido.

Se puso de pie en la cesta estando a punto de caer y vio por detrás de él que Charles Biof había disparado sobre el negro que tenía que vigilar, al pretender este huir, saltando de la jaula en que lo transportaban como a los demás.

El indígena fue alcanzado por la bala y se desplomó en el agua,

siendo arrastrado rápidamente río abajo.

Cuando pasaron todos a la otra orilla, Granger se acercó a Biof, preguntándole:

—¿No lo ha podido evitar?

—¿Es que no se dio cuenta? —contestó el cazador, desabridamente—. Si no hubiese disparado sobre él, se habría largado...

Johnny dio por cancelado el asunto, por no discutir.

Tras los viajeros, los yakubas pasaron las mercancías. Peterson pagó el precio convenido y la expedición continuó su camino. El agua había limpiado la selva, dándole un aspecto luminoso. Millares de pájaros revoloteaban por entre el follaje. Simonne daba un nombre a cada uno de ellos y Johnny escuchaba con delectación. Había magüeys dorados, ánades de Liberia, garzas reales con sus largas patas y alas de color azul oscuro...

Según decía Charles Biof, aquella selva era un magnífico lugar de caza. Había elefantes, hipopótamos, antílopes, búfalos salvajes y, sobre todo, una especie que se daba ya muy poco en África, el elefante rojo, pequeño, con defensas minúsculas.

Llegaron a la importante ciudad de Man, situada en lo alto de una colina desde donde era visible el horizonte en sus dos terceras partes.

La cumbre tenía su nombre. La llamaban el Diente de Man, un gran peñasco en forma triangular a cuyo alrededor se apretaban las rocas, verdes, amarillas, azul púrpura, según fuese el juego de luz. Era evidentemente una escena digna de verse y casi todos los expedicionarios, que no conocían aquello, se quedaron asombrados al contemplarlo. Debajo de ellos se extendía el campo, donde pacía el ganado de largos cuernos, elevándose hacia el Norte una majestuosa mole montañosa.

El propio gobernador de la ciudad, un comandante francés de largos bigotes y sonrisa simpática los recibió a la puerta de su residencia ofreciéndoles hospitalidad.

Peterson decidió aceptar su invitación y hacer noche en el edificio, al objeto de salir nuevamente al amanecer para cubrir la última etapa del viaje hasta Tuba.

Durante todo el día Granger había intentado sorprender una mirada de June, pero la muchacha debía de estar muy ofendida con él, por cuanto en ningún momento pudo conseguirlo.

A Johnny le tocó como compañero de habitación Charles Biof, el cazador.

Observándolo mientras se ablucionaba en el lavabo, Granger se

decía que apenas le había concedido importancia hasta ahora. Porque, ¿cuál era, exactamente, su cometido en aquella caravana? No había venido a cazar, ni tampoco oyó que Peterson estuviese dispuesto a hacerlo en el camino de regreso. Por ello trató de entablar conversación.

—Se estará aburriendo, Biof. Esto no es lo suyo.

El cazador volvióse hacia él mientras se secaba la cara con la toalla, respondiendo cuando hubo terminado:

—El señor Peterson me contrató para evitarles cualquier disgusto. ¿No ha visto nunca atacar a un búfalo salvaje?

—Es la primera vez que vengo a África.

—Lo comprendo, entonces. En esta región abundan mucho los búfalos, entre los cuales se dan casos de locura súbita. Es una enfermedad mal estudiada. La Administración francesa se ha preocupado de que sus especialistas analicen las causas, pero hasta el momento no han conseguido dar con ellas. Usted puede ir tranquilamente por la selva y, de pronto, entre la floresta que se levanta tan solo a unos pasos de usted, verá surgir una cabeza con ojos inyectados en sangre. La bestia no le dará tiempo para ver más. Se lanzará sobre usted dispuesto a hacerlo pedazos. Si corre, está perdido. El búfalo lo alcanzará en un santiamén y entonces puede darse por muerto. Solo tiene una posibilidad de salvarse. Mantenerse inmóvil, sereno, echarse el rifle rápidamente a la cara y dispararle entre los dos ojos. Usted tendrá en el rifle muchas balas, pero solo podrá disparar la primera porque para la siguiente, si ha errado, el búfalo no le dará tiempo a repetir. Es cuestión de vida o muerte, usted o él—. Biof sonrió añadiendo—: ¿Se da cuenta ahora de cuál es mi cometido, señor Fix?

—Perfectamente.

El cazador salió de la habitación y Granger oyó que hablaba fuera con Luchino Ferzetti.

Una idea súbita brotó en la mente de Granger. Registrar una cartera de mano que casi siempre Luchino llevaba consigo. Ahora con toda probabilidad la habría dejado en la habitación que Ferzetti compartía con Marton Deutsh. Esperó a que las voces se perdiesen camino del salón y salió del cuarto. Tocó suavemente en la puerta de al lado, por si acaso se encontraba todavía allí Marton, pero no recibió respuesta alguna. Abrió y se metió dentro. Tras echar un vistazo a la estancia soltó una maldición interior al no ver la cartera que buscaba. Registró una cama con resultado infructuoso. Luego se fue a la otra. Esta vez encontró la cartera debajo de la almohada. Cogióla y la abrió, extrayendo de su interior unos papeles doblados.

Examinólos con rapidez. Su decepción fue grande. No conocía el idioma en que estaba escrito aquello. Probablemente sería uno de los dialectos de Liberia o de la Costa de Marfil, pero al final vio un nombre inglés. Era en las últimas líneas. «S. Raymond Horace».

De repente, la puerta se abrió y Granger dio la vuelta, sobresaltado.

Simonne Bardot iba a entrar, pero se detuvo y murmuró:

—Perdone, señor Fix. Creí que esta era la habitación de Luchino.

Inmediatamente, sin esperar una respuesta, se marchó, cerrando a sus espaldas.

Johnny volvió a meter los papeles en la cartera, dejó esta bajo la almohada y abandonó la estancia.

En la sala que utilizaban como comedor estaban ya todos reunidos. Cuando se dirigía a la única silla que no estaba ocupada, entre Ferzetti y Marton Deutsh, dirigió una mirada a Simonne Bardot. Sus ojos se encontraron, pero ella los apartó enseguida. ¿Sabría ya Simonne que la habitación donde lo había encontrado no era la suya? Convino en que los acontecimientos se iban desarrollando de una forma imprevista y decidió no calentarse más la cabeza. Muy pronto tendría que resolver el jeroglífico en uno u otro sentido. Durante aquellos dos días había llegado a una convicción. La de que todos los amigos de Trevor Peterson eran un tanto extraños y rodeaban sus actos de cierto aire de misterio.

Marton Deutsh, el etnólogo, aprovechó aquella coyuntura para informarse sobre el motivo que lo impulsaba a hacer el viaje.

—Señor Boyer —llamó la atención del comandante—. ¿Ha tenido noticias, en el transcurso de su mandato, de cierta tribu de pigmeos?

—¿Pigmeos, dice? —contestó Boyer, frunciendo el entrecejo—. ¡Claro que sí! ¡Muchas veces!

Marton se apresuró a preguntar con voz emocionada:

—¿Dónde están?

El comandante sonrió, al propio tiempo que hacía un ademán.

—¡Oh! Eso es ya más difícil.

—No le entiendo, comandante.

—Lo comprenderá enseguida. Son unos seres fantasmas. Muchos dicen que los han visto, pero cuando he mandado un destacamento para inspeccionar el lugar señalado, no se ha encontrado nada. Desde luego esos pigmeos son pequeños, pero no hasta el punto de poder esconderse bajo las piedras. Yo he llegado a la conclusión de que los pigmeos forman parte de la leyenda.

Marton mostró su oposición, diciendo:

—No se trata de ninguna leyenda, comandante. Se lo puedo asegurar.

Luchino Ferzetti intervino en aquel momento para decir:

—Nuestro amigo Deutsh se irá a Europa con el convencimiento de que no ha tenido suerte en su investigación.

El etnólogo hizo caso omiso de la interrupción del italiano, preguntando de nuevo:

—Comandante, ¿no encontraron ningún rastro sus hombres cuando iban en busca de los pigmeos?

—En absoluto... Bueno, ahora que recuerdo y aunque no vale la pena mencionarlo, creo haber oído que en cierta ocasión vieron algunas hojas de árbol tiradas por el suelo.

Marton volvió a excitarse.

—¿Hojas de mongongo? —inquirió.

—Sí, eso es.

Deutsh dio tan fuerte puñetazo en la mesa que algunas copas se volcaron.

—¡Son ellos! —exclamó triunfalmente—. ¡Las hojas del mongongo son usadas por los pigmeos para techar sus pequeñas chozas, para servir la comida o como una especie de papel para envolver!

—Supongamos que sea así —admitió Ferzetti—. ¿Por qué demonios no se dejan ver esos enanos?

—Les da miedo la presencia de algún ser distinto a ellos. Han sido combatidos por todos. Tan solo quedan algunas tribus en el Congo Belga, donde la Administración colonial se ha preocupado por evitar su extinción.

Durante el resto de la cena no hubo más orador que Marton, quien, lleno de entusiasmo, dio un curso de sus conocimientos sobre la vida, costumbres y creencia de los pigmeos.

Johnny vio que June abandonaba la mesa y salía fuera de la casa. Él no tardó en seguirla, encontrándola en la terraza fumando un cigarrillo.

—Le debo una explicación, June —anticipó Johnny. La muchacha se volvió, replicando:

—No necesita dármele, señor Fix. Pero desearía, eso sí, que me dijese lo que verdaderamente busca usted entre nosotros.

—Información para mi periódico.

—Deje eso, ¿quiere? Creo que, desde que apareció, no ha hecho usted otra cosa que tejer una red de falsedades. Ahora pienso que su catadura moral debe de estar a la misma altura que la de Jacques Furet.

—Es posible que mi conducta le haya parecido sospechosa, pero le aseguro que tengo mis motivos personales para proseguir sin decirle a usted nada.

—Me figuraba que me iba a dar una respuesta evasiva, pero está en un error si piensa que va a continuar con nosotros.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Le hablaré a Peterson. Usted no tiene derecho a abusar de su buena fe.

Granger temió que la joven llevase a cabo su amenaza. En tal caso peligraría su misión. No podía consentirlo. La vida del hombre que lo había contratado exigía que llegase hasta el fin.

—¿Y si me concediese dos días más, June?

—¿Por qué? —inquirió ella.

—Concédame esas cuarenta y ocho horas y es muy posible que lo sepa.

Ella se quedó en actitud pensativa durante un rato, sin apartar los ojos de él y, finalmente, concedió:

—No sé por qué lo hago, señor Fix, puesto que no se ha hecho merecedor de ello, pero le concederé la tregua que solicita.

En aquel momento, Luchino Ferzetti dijo por detrás con voz ronca:

—¿Puedo hablar con usted a solas, Fix?

June giró contemplando la cara del italiano y, antes de que Johnny pudiera contestar, entró en la casa, dejando solos a los dos hombres.

—¿Qué quiere? —preguntó Granger.

—Aquí pueden oírnos. Salgamos fuera de la residencia.

John pensó que no podía perder aquella ocasión de conocer las intenciones de Luchino.

Era seguro que al final Simonne le habría hablado de su irrupción en la habitación cuando él, Granger, trataba de descifrar los papeles del italiano.

—Vamos a dónde quiera —accedió.

Bajaron las escaleras ante las que se encontraba un soldado prestando guardia y se sumergieron en la oscuridad de la noche, encaminándose hacia el Sur de Man. Dejaron atrás las últimas chozas indígenas y, de pronto, Luchino se detuvo indicando:

—Este es un buen sitio.

Granger había dado dos pasos más que su compañero y se volvió, descubriendo que Ferzetti le estaba apuntando con una pistola.

CAPÍTULO VII

—¿Qué le pasa, Luchino? —interrogó Granger—. ¿Es que se le ha subido el *whisky* a la cabeza?

—Nada de eso, comediante. Vas a cantar y rápido.

—Tengo muy mala voz. Te aburriría—. John lo tuteó también.

—No te preocupes. No haré caso de la música. Me interesa solamente la letra de la canción. ¿Qué buscabas en mi cuarto?

—Me equivoqué de habitación.

—Claro. Y por eso sacaste los documentos que yo guardaba en mi cartera.

—Se me ocurrió que, una vez allí, debía echar un vistazo, por si encontraba material para un artículo.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—Ya lo sabes. Como y visto a expensas del «Star» de Nueva York.

—Debe de haber algo más y vas a soltarlo a la carrera. Hazme otro chiste y te hago un hermoso agujero en la barriga.

—Está bien, Luchino. Tú ganas. Ahí va lo mío.

Johnny dio un salto hacia la derecha, tendiéndose en el aire, al propio tiempo que disparaba su pierna contra la mano armada del italiano. El ataque dio resultado. Luchino recibió un tremendo puntapié en la muñeca y lanzó un aullido de dolor, dejando caer el arma.

Granger imprimió aún más celeridad a sus movimientos y se levantó de un salto, descargando un puñetazo en la cara de Ferzetti cuando este se disponía a recuperar la pistola que estaba en tierra. El agredido cayó rodando y, entonces, John se agachó y cogió el arma.

—Cambié la decoración, muchacho —ironizó, cuando Luchino se levantaba dispuesto a la lucha.

—¡Puerco espía! —murmuró el italiano, despreciativamente.

—Refrena tu lengua y muévela cuando yo te lo ordene —repuso Johnny con voz ronca.

Cuando Luchino vio que su rival levantaba la pistola unas pulgadas, arrugó el cuerpo, mostrándose más dócil.

—¿Qué significan esos documentos que guardas en la cartera? —inquirió Granger.

—Es una carta de la Compañía que represento dirigida a unos

plantadores de Tuba.

—¿Sí? ¿Y qué les pedís? ¿Patatas?

—Caucho.

—No acabo de nacer ahora, Luchino. Dime la verdad o te la ganas en grande.

—Es cierto. La Sociedad firmó con una entidad americana un contrato de abastecimientos muy por encima de sus posibilidades de producción respecto a sus propias plantaciones de Liberta, y tiene que enjugar el déficit importando, a su vez, caucho de la Costa de Marfil.

—De Tuba precisamente, ¿eh?

—Te juro que es así.

—¿Y qué vale eso? Serías capaz de jurar que ahora es de día si alguien te prometiese veinticinco dólares. ¿Quién es S. Raymond Horace?

—¿Cómo? —murmuró Luchino, perplejo.

—Lo has oído perfectamente. No necesitas que te lo repita.

—El director gerente de mi Compañía.

Granger vaciló. Luchino estaba diciendo la verdad o bien poseía una maravillosa rapidez mental para decir mentira tras mentira. Las explicaciones que daba sobre su viaje a Tuba y las que se referían a los documentos de su cartera eran perfectamente plausibles. Se acordó de Simonne y lo puso una vez más a prueba.

—¿Para qué te quería ver Simonne?

—Para hacerme una pregunta sobre cierto juicio que presencié en una aldea yakuba.

Había salido airoso nuevamente y Granger hubo de confesar que nada tenía contra él. Por ello dijo:

—Supongamos que te suelto, Luchino. ¿Qué pasaría después?

El italiano se humedeció los labios, contestando:

—No me importa lo que hagan los demás, mientras no se metan en mis asuntos. Sospechaba que tú representabas a una sociedad de exportación competidora, radicada en Acra, a la que interesaba conseguir el caucho que mi firma necesita.

—No sé nada de caucho.

Ferzetti sonrió, opinando:

—Entonces, todo está claro. Ambos seguimos un camino diferente, aun cuando momentáneamente lo hagamos juntos. ¿No te parece que deberíamos volver a la residencia del comandante?

Granger accedió a la propuesta y echaron a andar hacia la casa de la que momentos antes habían salido. Al subir la escalinata, después de haber dejado atrás al centinela, Luchino recordó:

—¿Me das mi pistola, Fix?

Granger se la devolvió y entraron en el edificio.

En la sala solo quedaban el comandante Boyer y Trevor Peterson.

—¿Y los demás? —preguntó Granger.

—Se han ido a dormir —contestó Trevor—. ¿A dónde han ido ustedes? Estábamos intranquilos por eso de la maldición del albino.

—Luchino se empeñó en que diéramos un paseo —repuso Johnny.

Peterson miró al italiano y dijo:

—A propósito. Quería hablar con usted sobre la forma en que debo conducirme frente al jefe yakuba.

Ferzetti se sentó en una silla al lado del millonario y Granger indicó:

—Yo me voy a dormir. Hasta mañana, señores.

Cuando entró en la habitación, Charles Biof dormía a pierna suelta. Se desvistió silenciosamente, púsose el pijama y se tendió en el lecho. Permaneció con los ojos abiertos durante cerca de media hora, haciéndose un sinfín de preguntas, pero no obtuvo contestación para todas.

Al fin, cansado, se entregó a un plácido sueño.

Le despertó un aullido infrahumano. Saltó de la cama y estuvo a punto de chocar con Charles Biof, que también se había alzado.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió John.

—Llevo muchos años en África y no he oído jamás nada parecido —respondió el cazador.

Salieron de la habitación y encontráronse en el corredor con Trevor Peterson y Marton Deutsh.

—¿Lo han oído también ustedes?... —preguntó el etnólogo.

—No somos sordos —contestó Biof—. ¿Y Luchino?

—Su cama está sin deshacer —comentó Marton.

—Yo lo dejé en el comedor hace unas horas —declaró Peterson—. Me dijo que se quedaría a leer un libro interesante que había encontrado en la biblioteca del comandante.

Granger no necesitó saber más. Echó a correr y no se detuvo hasta, llegar al salón, iluminado a medias por un solo candelabro de cinco velas que había sobre un pequeño velador. Cerca de este se hallaba un diván y tendido en él boca abajo, con un brazo colgando, Luchino Ferzetti.

Rápidamente lo volvió hacia arriba y contempló su rostro con los ojos cerrados y la boca contraída por una mueca de dolor. Le puso la mano en el corazón, aun cuando ya sabía que no podía

hacer nada por él. Efectivamente, estaba muerto.

En aquel instante llegaron junto a él los componentes de la expedición, incluidas las mujeres y el comandante Boyer.

Granger se incorporó, anunciando:

—Lo han asesinado.

—Es increíble —exclamó Peterson—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

Marton Deutsh examinó el cadáver y se incorporó, moviendo la cabeza en sentido negativo.

—No tiene ninguna herida. Lo han tenido que hacer de otra forma.

—Aquí está la respuesta, señores —dijo la voz del comandante.

Todos se volvieron hacia él.

Boyer mostraba en la mano una copa que contenía un par de dedos de pipermín. Acercó el recipiente al candelabro y preguntó:

—¿No notan ustedes el jaspeado más verdoso que hay casi al fondo del cristal?

Sus oyentes comprobaron la certeza del descubrimiento.

—Es «tali» —siguió explicando Boyer—. Un veneno que las tribus de Liberia y de la Costa de Marfil sacan de la corteza del árbol del mismo nombre. Es muy curioso por su madera de color rojo intenso. Solo es posible encontrarlo en los lugares inextricables de la selva, ya que, como es natural, las autoridades de Liberia y nosotros nos preocupamos de destruir cuantos arbustos de esta clase localizamos.

—Sí —convino Peterson—. La mayoría de nosotros conocemos la existencia de este veneno, aun cuando no hayamos tenido oportunidad de verlo como ahora. Pero tengo entendido que ese veneno mata sin que la víctima se dé cuenta de ello. Ferzetti ha lanzado un horrible grito antes de morir.

Granger se había apartado del grupo y acercóse a la mesa de la que el comandante había cogido la copa. Un poco más allá, delante de una silla vacía, había otro vaso que también contenía pipermín.

—Tengo una explicación para eso —declaró, volviéndose hacia sus compañeros—. Ferzetti bebió con su asesino y de pronto descubrió que en su vaso habían vertido el «tali».

Se hizo un silencio en la estancia que rompió Boyer, diciendo:

—Es un asunto muy enojoso, señores.

—Será mejor que le ponga al corriente —indicó Peterson.

Y a continuación hizo un relato de la aparición del albino en la plantación de Pierre Tourner, del ataque de que había sido víctima el hombre que él conocía como James Fix, y la posterior muerte del negro cuando cruzaban el río Sassandra.

—Evidentemente —terminó el millonario—, alguien está interesado en que no lleguemos a Tuba.

—¿Por qué razón? —preguntó Boyer.

—El principal motivo del viaje es el que me concierne a mí. Me están construyendo una nueva residencia en Monrovia y he encargado a la señorita June Marshall su decoración. El propio Ferzetti me habló del arte yakuba reflejado en los adornos de las paredes de sus chozas, recipientes, arcos, flechas y un sinfín de objetos. Me pareció buena idea que la señorita Marshall observase con sus propios ojos todo lo relativo a los yakuba, a fin de que me decorase un salón y dos habitaciones de acuerdo con su arte. No tomé la precaución de guardar en secreto mi expedición y los propios indígenas deben de estar obstaculizándola, no deteniéndose ante nada.

—Me temo que su teoría falle ahora, señor Peterson —interrumpióle Granger—. Ferzetti no pudo beber sino con una persona a quién conocía.

—Sé quién ha sido —dijo, de pronto, Simonne. Todos los rostros se volvieron hacia ella.

—¿Quién? —inquirió el millonario.

—Jacques Firet.

—Eso es muy improbable —apuntó Granger—. En la plantación del señor Tourner noté que no simpatizaban mucho. ¿Por qué había de verse aquí con él?

—Luchino me contó que Firet había actuado como agente suyo ante ciertos plantadores de caucho de Tuba. El motivo de que apareciese anoche en casa de Tourner se debía a que, probablemente, había quedado citado con Ferzetti, pero mi irrupción y la posterior pelea que Jacques sostuvo con usted impidieron que hablasen sobre lo que les interesaba. Firet nos habrá seguido y ha entrado aquí para hablar con Ferzetti, el cual debía suponerse vendría.

—Eso lo sabremos enseguida —advirtió Boyer—. Preguntaré al centinela.

—No es necesario que lo haga, comandante —atajó la francesa, separándose del grupo—. Observe esto.

Se acercó a una ventana que estaba entreabierta y separó sus hojas.

Hubo un murmullo de aprobación. Simonne demostraba así que Firet había podido introducirse en la casa sin ser visto.

—La cuestión está clara —opinó Peterson—. Firet y Ferzetti discutieron, y el primero, en un momento de descuido, vertió el

veneno en la copa de nuestro amigo.

—Me han convencido —declaró Boyer—. Ordenaré la detención de Jacques Firet. Y no saben cuántas ganas le tengo. Ha estado traficando con los colmillos de marfil desde que terminó la segunda guerra mundial y jamás le hemos podido probar nada.

—En cierto modo —dijo Simonne—, me siento culpable de ello. Yo fui quien lo salvó cuando podía haber sido condenado.

—Usted cumplió con su deber, Simonne —la disculpó Peterson—. Fueron las pruebas las que no respondieron, como acaba de decir el señor Boyer.

Granger se dio cuenta de que June Marshall se había separado del grupo y se hallaba en un rincón, en actitud meditativa. El acudió lentamente a su lado y preguntóle:

—¿Lo siente, June?

La joven giró hacia él, mordiéndose el labio inferior.

—Era un poco alocado, pero siempre se portó bien conmigo.

—Quiero hacerle una pregunta, June, y le ruego que me conteste con la verdad.

—Hágala.

—¿Se vio usted de madrugada con Luchino en la plantación de Tourner?

—No —contestó, con voz ronca, ella.

Johnny la miró profundamente a los ojos y luego dijo:

—Gracias.

CAPÍTULO VIII

Eran las once de la mañana. Los expedicionarios habían hecho un alto acampando junto a un arroyo de cristalinas aguas, flanqueado por corpulentos árboles a cuya húmeda sombra crecían exuberantes helechos. Centenares de orquídeas brotaban de las rendijas y hendiduras de los troncos cubiertos de enredaderas. Las flores mostraban todos los matices del rosa. Monos de pelo largo, de color blanco y negro rifaban entre los árboles atisbando llenos de curiosidad a los seres que se atrevían turbar su paz.

El río en su parte ascendente formaba pequeñas tascadas en terraza, prestando un maravilloso encanto a aquel escenario único.

Peterson había ordenado detenerse al ver cansadas a las jóvenes.

Granger se había apartado de sus compañeros, y, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un grueso tronco escribía rápidamente llenando las hojas de un pequeño bloc.

Ensimismado en su trabajo no se dio cuenta de que June Marshall se le había acercado hasta que la muchacha le dirigió la palabra.

—Temía que se hubiese olvidado de su profesión, señor Fix.

—Nada de eso —repuso él levantando la mirada—. Lo que ocurre es que desde que salimos de Monrovia han venido sucediendo los acontecimientos tan rápidamente que no he tenido tiempo de reflejarlos en mi diario.

—¿Qué opina de todo ello?

Granger se quedó un rato pensativo sin apartar los ojos de la hermosa joven.

—Le daré una respuesta concreta cuando haya transcurrido el plazo que me ha dado, June. Pero le adelantaré algo más importante para mí. Uno de los pocos recuerdos gratos de esta expedición se referirá siempre a su presencia.

June sonrió levemente.

—Parece que se ha contagiado del ambiente, señor Fix.

El miró el río, los arbustos, las flores y cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los de ella sonrió asintiendo:

—Creo que tiene razón —se incorporó y al tiempo que lo hacía cortó una orquídea del tronco que tenía detrás—. ¿Me deja que se la ponga en el cabello? Su color hace juego con sus mejillas.

No esperó una respuesta, sino que, acercándosele, prendió la

orquídea en los negros cabellos, por encima de la oreja derecha.

Estaban muy cerca el uno del otro y él no bajó la mano enseguida. Instintivamente rozó con sus dedos la suave y tersa piel femenina.

—June... —murmuró.

La joven entreabrió los labios, pero no dijo nada.

Johnny la enlazó con el brazo izquierdo por la cintura y la atrajo hacia sí, pero, de pronto, al ir a besarla en la boca, los helechos cercanos se estremecieron.

Granger, rápido como una centella, saltó a un lado sacando la pistola.

—¿Qué ocurre? —preguntó June asustada.

—No lo sé todavía —respondió Johnny—. Llame Biof.

Granger se quedó solo, observando el lugar de donde había procedido el ruido. Ahora los helechos estaban inmóviles y abarcó con la mirada un espacio más grande por si acaso el animal en cuestión se subiese trasladado de sitio. Al cabo de un rato Charles Biof se acercó a él por detrás, con el rifle echado la cara.

—¿En qué lado es, Fix? —preguntó.

Johnny le señaló el lugar con la mano libre.

—Debe de ser una serpiente —apuntó el cazador.

En aquel instante se movieron de nuevo los arbustos y pasados unos segundos, Biof gritó:

—¡Selinko!... ¡Selinko!

Inmediatamente un negro emergió poco a poco de la espesura reflejando en su rostro un pánico indescriptible. Su frente estaba surcada por tres cicatrices longitudinales y paralelas.

—Es un indígena, perteneciente a la tribu de los «senoufos» —explicó Biof—. Y me parece raro que haya llegado a este lugar. Sus aldeas quedan un poco distantes de aquí. Lo interrogaré.

El cazador entabló un expresivo diálogo con el negro y mientras tanto se fueron acercando los otros expedicionarios que se habían mantenido lejos de la escena.

Al cabo de unos minutos Biof se volvió hacia sus compañeros diciendo:

—Me ha explicado lo que ocurre. Una manada de cincuenta búfalos ha arrasado su aldea ocasionando algunas víctimas y destrozando sus campos de cultivo.

—Es muy lamentable —dijo Peterson—. Pero no comprendo una cosa.

—¿Qué es ello?

—¿Por qué esa indígena no se ha dirigido a Tuba en busca de

socorro? Tuba deba estar más cerca de su aldea que Man.

—Ese punto también ha quedado aclarado. Los búfalos tomaron, precisamente, la dirección de Tuba Naturalmente, el «senoufo» pudo dar un rodeo para dirigirse a Tuba, pero la impresión de la catástrofe ha anulado en su ya corta mente la facultad de pensar.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —intervino Simonne.

—Creo que está claro —contestó el cazador—. Una desviación de nuestro itinerario solo puede significar un par de horas de retraso en nuestra llegada Tuba. Aunque ya no podemos hacer nada por los «senoufos», nuestra presencia les dará ánimos.

—Yo creo que no hay ningún inconveniente en que vayamos a esa aldea —convino Peterson.

—En tal caso, es mejor que nos pongamos ahora mismo en camino.

Poco después, los componentes de la expedición reanudaban el viaje, yendo a la vanguardia el empavorecido indígena y a su lado Biof.

Al cabo de media hora de avanzar por la selva, Biof rogó a Marton Deutsch que ocupase su puesto y él retrocedió dirigiéndose a dónde se hallaban Granger y Peterson.

—Será mejor que dos de nosotros se separen unas quince yardas de los demás, estableciendo una línea paralela a la marcha —declaró—. Es pura precaución. El viento sopla del Oeste. ¿Quiere venir conmigo, señor Fix?

Johnny no tuvo inconveniente en seguir al cazador y cuando se encontraron en el punto que este había indicado explicó:

—Apuesto a que ese negro nos ha engañado, Fix.

—No lo entiendo, Charles —repuso el joven.

—Lo comprenderá enseguida. Yo he matado, en mi vida profesional, más de doscientos búfalos y no he presenciado jamás el ataque en masa de una manada, a menos que se encontrase encajonada en un barranco, y aun en ese caso los animales más pronto han querido huir que atacar.

—Entonces, ¿por qué demonios nos ha largado la historia ese negro? ¿Piensa que es una trampa?

—¿Una trampa? No lo creo. Probablemente de lo que se trata es de un buen ejemplar de búfalo que se le ha ocurrido hacer de las suyas en la aldea de los «senoufos». El negro es así, exagera cuantos hechos presencia con sus propios ojos. Es inconcebible para mí admitir que cincuenta búfalos arrasen un poblado. Un búfalo solitario puede ser un animal extraordinariamente agresivo, pero

considerado como miembro de una manada no es más peligroso que cualquier otro ejemplar doméstico.

—¿Por qué me cuenta a mí solo todo esto, Biof?

El cazador miró con sus frías pupilas el rostro de su compañero contestando:

—Para que lo cuente a sus lectores.

—Es usted muy amable.

—Además creo que es el único indicado para acompañarme a matar ese animal. Estoy seguro de que posee la serenidad y el valor innatos que son necesarios para enfrentarse con la caza mayor.

—Sabe usted más que yo. Jamás me he visto delante de un elefante, un león o un búfalo, aun cuando me las he tenido que ver con personas de peor condición que las fieras.

Biof soltó una carcajada, pero ya no hizo comentario alguno.

Al cabo de otros sesenta minutos llegaron a la aldea de los «senoufos».

Entonces Johnny pudo comprobar que Biof había acertado en sus suposiciones.

De acuerdo con el relato del indígena que había encontrado en el arroyo, el poblado debía de haber sido devastado, pero no era así. Solo dos chozas aparecían deshechas, las que precisamente se levantaban en uno de los extremos de un semicírculo.

De cualquier forma, los «senoufos» hombres, mujeres y niños, estaban realmente asustados, y todos miraban con ojos esperanzadores a los hombres blancos, en quienes veían a sus salvadores.

Rápidamente, Biof se puso en contacto con otros indígenas del poblado y después de ello explicó a sus amigos:

—El señor Fix vendrá conmigo. Ustedes pueden permanecer aquí hasta que volvamos. Nos llevaremos a dos «senoufos» como ojeadores.

Peterson carraspeó inquieto:

—¿Cree que no habrá peligro de que los búfalos vuelvan al poblado?

—Es muy difícil, por no decir imposible. Además, opino que no se trata de una manada de búfalos sino de un ejemplar solitario, aunque los indígenas sostienen que los han visto a docenas. El caso es que ese supuesto ataque solo ha producido una víctima.

Johnny se dirigió a Peterson, diciéndole:

—Tiene usted un rifle muy bueno. ¿Tiene inconveniente en cambiármelo por el mío mientras dura esta cacería?

—Puede llevárselo.

Mientras hacían el trueque, los ojos de Granger se encontraron con los de June Marshall y el corazón de él aceleró sus latidos al descubrir en las bellas pupilas una sombra de temor.

Acercóse a la joven murmurando:

—No se preocupe. Me sabré cuidar.

—¡Eh, Fix! ¿Qué espera? —gritó Biof que se encontraba en un extremo del poblado en compañía de dos negros.

—Hasta luego, June —se despidió el investigador.

Cuando llegó junto a Charles, uno de los negros estaba desatando a tres delgados perros que habían permanecido sujetos a un poste.

Eran tres canes mestizos de aspecto miserable. Se les podían contar los huesos a través de la piel.

—¿Es un zorro o un búfalo lo que vamos a cazar? —preguntó Granger.

—Los perros dan un gran resultado en la caza del búfalo —explicó Biof—, hasta el punto de que son más útiles que en la caza de los leones. Los perros pueden esquivar la acometida de un búfalo mucho mejor que la de un león.

—Bueno. ¿Tiene usted idea de dónde se puede encontrar ese monstruo?

—Estos hombres me han informado de que a unas tres millas al Oeste existe una laguna pantanosa. Es muy posible que esté allí. ¿En marcha?

Un negro sujetaba por el extremo de las cuerdas a dos de los perros y su compatriota el tercero.

Dejaron atrás la aldea y encamináronse al lugar señalado por el cazador.

Conforme se acercaban a la laguna, la selva se hacía más intrincada, dificultando el avance.

De vez en cuando algún perro pretendía aullar o ladrar, pero a la voz de sus amos callaba sumisamente. De pronto se encontraron al borde de una pequeña llanura en donde crecía la hierba alta, signo inequívoco de la tierra negra que rodeaba el pantano.

Biof hizo una señal y todos se detuvieron, quedándose los perros de muestra. Un profundo silencio envolvía la escena. Tan solo se podía oír el murmullo traducido por las hierbas al ser mecidas por el viento.

Biof rozó suavemente el costado izquierdo de Johnny con el codo mientras le señalaba unas grandes garcetas que sobrevolaban a unas cincuenta yardas de donde ellos se encontraban.

Granger se encogió de hombros y arqueó las cejas indicando que

no comprendía.

—Las garcetas se posan sobre los lomos de los búfalos —susurró el cazador.

—¿Para qué?

—Para quitarles las garrapatas.

Johnny fijó más su atención en las níveas avecillas.

De súbito, dos de ellas descendieron y al llegar al nivel de la hierba abanicaron sus alas como si fueran a posarse, desapareciendo entre el verde.

Observó admirado el rostro de Biof, diciéndole:

—Tiene razón usted. Ese búfalo debe estar allí. ¿Qué hacemos?

Los negros contemplaban también a Charles con sus redondos ojos, esperando órdenes. Biof fue rápido en darlas. Los «senoufos» con sus perros irían por el Este, al resguardo del viento, y Biof y Fix se colocarían en el extremo opuesto. Lógicamente el búfalo pretendería escapar en la dirección donde se hallaban los «senoufos», pero los perros se encargarían de detenerlo o, al menos, de aminorar su carrera. Adoptando tales posiciones, se le cerraba el paso al búfalo, por cuanto en el caso improbable de que se dirigiese al oeste, se encontraría más pronto con las balas.

Invirtieron quince minutos en colocarse en los lugares asignados y entonces Johnny preguntó:

—¿Qué va a pasar ahora?

—Los «senoufos» conocen su obligación.

En aquel instante, como si los indígenas hubiesen escuchado el diálogo, debieron soltar los perros y el aire fue roto por los ladridos de la jauría. Casi simultáneamente tres garcetas remontaron el vuelo de entre la hierba huyendo despavoridas y un gruñido fue señal del comienzo de la caza.

Los «senoufos» no quisieron dejar de tomar parte en el extraño concierto y entonaron una canción a voz en grito.

Los ojos de los dos blancos, detenidos fijamente en un punto, vieron cómo se movía la hierba.

El animal se encaminaba al encuentro de los perros.

—Vamos hacia allá —exclamó Johnny—. Quiere escapar por el oeste.

Biof lo detuvo cogiéndolo de un brazo.

—Espere, quizá sea una falsa maniobra. Debe ser un macho adulto y tendrá su experiencia. En cualquier momento puede retroceder hacia nosotros.

El cazador acertó una vez más. El búfalo, cuando estaba cerca de los perros, se volvió rápidamente y empezó a galopar hacia el

oeste.

Inmediatamente Charles disparó su rifle dos veces al aire.

El animal se detuvo resoplando, mostrándose indeciso unos instantes y volvió a dirigirse hacia el Este.

Los cazadores no habían tenido oportunidad todavía de ver al búfalo, ya que toda la escena se había desarrollado entre la enmarañada hierba y solo por el movimiento de esta habían seguido hasta entonces los de aquel.

—¡Ahora es cuando podemos seguirle! —dijo Biof.

Echaron a correr, no detrás del búfalo sino haciendo un semicírculo, y cuando llegaron a la otra parte, en donde la hierba era más corta, cerca de donde comenzaba la selva, descubrieron a unas veinte yardas al animal.

Era muy corpulento, casi pesaría una tonelada, y estaba armado con unos enormes cuernos encorvados, negros como la tinta, y tan gruesos en su base como la pierna de un hombre. Las extremidades superiores de los cuernos parecían afiladas garras.

La fiera estaba acorralada por los perros, los cuales ladraban mostrando sus afilados colmillos.

Los negros debían haberse escondido.

—Tenga cuidado, Fix —dijo Charles, levantando su rifle—. Si lo acomete, apúntele al pecho, al cuello, a la paletilla o debajo del ojo. No se le ocurra disparar a la cabeza. La tiene reforzada.

De pronto, el búfalo se decidió a atacar. Conocía el peligro en que se encontraba y después de haber visto a los cazadores comprendió que su única probabilidad de continuar viviendo estaba en escapar.

Resopló varias veces, levantando por el aire la hierba seca, y sus pezuñas arañaron la tierra. Salió disparado, pero uno de los perros se interpuso en su camino y dando un enorme salto, le mordió en el hocico. El búfalo lanzó un alarido de dolor y se revolvió con los ojos inyectados en sangre, dispuesto a hacer pagar cara la osadía de su atacante.

El perro, envalentonado por el éxito de su primera acometida, le hizo frente. Entonces sobrevino la lucha. Una lucha que empezó y terminó en pocos segundos. El búfalo emprendió la carrera con la cabeza agachada y el perro pretendió saltar por encima para librarse del ataque, pero, cuando iba por el aire, el corpulento animal levantó la cabeza y uno de sus afilados cuernos atravesó limpiamente, de parte a parte, el pequeño cuerpo. Luego el poderoso cuello del búfalo hizo un movimiento y el perro salió disparado cayendo a gran distancia, convertido en un despojo

sanguinolento.

Los otros canes, viendo el final de su compañero, se mostraron más cautos aun cuando no cesaron en sus ladridos.

A Johnny se le empezaba a remover el estómago. No le gustaba el acoso de que estaba siendo objeto el búfalo.

—¿Es necesario que muera? —preguntó a Biof.

—Completamente necesario —respondió el cazador—. ¿No se acuerda de lo que le dije? Este animal era ya peligroso, pero ahora lo será mucho más. Fíjese en su hocico. El perro le dejó clavados sus dientes y nadie se los podrá sacar. Eso le producirá un dolor horrible que acabará llevándole a la locura. ¡Sepárese de mí! ¡Ya viene hacia nosotros!

Johnny pegó un gran salto viendo cómo el búfalo se dirigía, galopando, hacia donde quedaba solo Biof.

Este retrocedió unos pasos. De repente ocurrió lo inesperado. Charles resbaló en la hierba y cayó al suelo.

El animal se precipitaba sobre él con la cabeza baja, dispuesto a cornearle.

Granger se echó el rifle a la cara y disparó sin apenas apuntar, porque no tenía tiempo para ello.

El proyectil se incrustó en el cuello del búfalo, pero fue suficiente para que Biof salvara la vida, porque el animal, al ser herido, meneó la cabeza y el cuerno no alcanzó al cazador.

El búfalo siguió galopando unas yardas y revolvió nuevamente gruñendo con desesperación.

Biof se incorporó y esperó la segunda acometida con su arma dispuesta para hacer fuego.

La fiera atacó una vez más, pero, apenas se puso en movimiento, atronaron el espacio dos estampidos.

Fue el final, ya que el búfalo se desplomó pesadamente como fulminado por un rayo. Luego hizo un débil movimiento con las patas y quedó exánime.

Los perros dejaron de ladrar y acercáronse husmeando al animal muerto.

Biof miró a Granger diciéndole jovialmente:

—Me ha salvado la vida, Fix.

—No tiene importancia. Lo mismo hubiese hecho usted por mí.

Johnny observó que en los ojos del cazador brillaba una extraña lucecita.

Los negros aparecieron andando con precaución, como si todavía esperasen que el búfalo pudiera levantarse y acometerlos, pero cuando se percataron de que estaba irremisiblemente muerto,

empezaron a gritar y dar vueltas a su alrededor hinchando el pecho orgullosamente y golpeándose con las dos manos. Un espectador que hubiese llegado en aquel momento hubiese jurado que eran los «senoufos» quienes habían acabado con el búfalo.

Biof sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Granger. Después que ambos encendieron, el cazador dijo:

—Podríamos quedarnos en la aldea de los «senoufos» y participar en la fiesta que organizarán esta noche. Preparan la carne del búfalo de quince maneras diferentes.

—Creo que será más interesante llegar a Tuba lo más pronto posible —replicó Johnny—. Estoy seguro de que el señor Peterson opinará igual que yo.

Granger no se equivocó. En cuanto llegaron a la aldea de los «senoufos» e informaron del resultado de su aventura, Peterson fue partidario de reemprender inmediatamente el viaje hacia Tuba.

CAPÍTULO IX

Tuba era una subdivisión del sector de Segueta en el que solo había cuatro europeos. Los africanos habitaban en un perímetro bastante mal definido, según manifestó el comandante del puesto, un francés joven llamado René Anquetil. Sumaban unas diez mil almas entre las tribus malinke, gouro, senouío y algunas yakubas. Estas últimas eran en su mayoría nómadas, aun cuando en las épocas de las grandes lluvias, que en aquel momento se avecinaban, afincábanse en los terrenos montañosos del sector, levantando sus típicas aldeas en las regiones más resguardadas.

Anquetil dio las máximas facilidades a los expedicionarios ofreciéndoles su propia casa, como había hecho anteriormente el comandante Boyer. Después de cenar en un comedor que, desde luego, no reunía las mismas condiciones de confort que el existente en la residencia de Man, Peterson sugirió que se retirasen todos a descansar dejando para la hora del desayuno la elección de la aldea yakuba que June habría de examinar.

La casa solo contaba con tres dormitorios. Uno quedó para las mujeres. Otro lo compartieron Anquetil y Peterson, y el tercero lo ocuparon los tres hombres restantes.

No ocurrió nada durante la noche, pero cuando el sol apenas había nacido golpearon a la puerta del cuarto en que se alojaban Granger, Deutsh y Biof.

Johnny fue el primero en despertar y corrió a abrir. Era Anquetil quien, con voz preocupada, inquirió—: ¿No ha visto al señor Peterson?

—No. ¿Es que no está en su cama?

—Hace más de una hora oí un ruido. Al despertarme vi a Peterson que se estaba vistiendo. Le pregunté que a dónde iba tan temprano. Me contestó que no podía dormir y que se iba a dar un paseo. Yo no logré ya conciliar el sueño y, al transcurrir tanto tiempo desde su salida, he empezado a alarmarme. Anoche me contó todo lo que les ha sucedido a ustedes durante el viaje.

Granger se vistió rápidamente y dejó a sus dos compañeros con Anquetil dirigiéndose él a la otra ala de la casa, donde se hallaba el dormitorio de las jóvenes. Llamó suavemente a la puerta y esperó inútilmente una respuesta. Abrió y se coló dentro, descubriendo que las dos camas que había en el cuarto estaban vacías, aunque con

señales evidentes de haber sido utilizadas.

Inmediatamente regresó adonde se hallaba el comandante del puesto con los demás expedicionarios.

—¿Dónde se halla la tribu yakuba más cercana? —interrogó al oficial.

—Doce millas al Norte —contestó Anquetil.

—¿Tiene algún medio de locomoción para ir allá?

—Es un terreno muy escabroso y solo existen algunas sendas que corren teniendo como fondo el abismo. La Administración me ofreció un «jeep», pero yo lo rechacé pensando me serviría de poca cosa.

Granger dio media vuelta y, cuando había salido de la habitación, Anquetil preguntó:

—¿A dónde va, señor Fix? ¡Espere!

Pero Johnny no se detuvo.

Ya en el exterior, se orientó hacia el Norte, cruzando una calle con viviendas a ambos lados, construidas con restos de cajones de madera y techumbres de latas. Salió de Tuba y empezó a subir una empinada montaña. Cuando llegó a la cumbre se dio cuenta de la veracidad de las palabras que acababa de pronunciar el comandante del puesto. Por doquier que alcanzaba su mirada no veía más que escarpaduras y riscos.

No se arredró por las dificultades que encontraría en su camino y continuó andando con más energías si cabe. Pronto perdió de vista Tuba y estuvo rodeado por la más absoluta soledad. Las nubes sobrevolaban tan bajas que daban la impresión de poder cogerlas con solo subir diez metros más.

Al cabo de una hora de marcha observó que el camino se estrechaba sobre la ladera de la montaña, teniendo a la izquierda una pared cortada a pico y a la derecha una garganta cuyo fondo era imposible distinguir.

Empezó a andar por la estrecha cinta sin titubear. Había recorrido un cuarto de milla cuando oyó un horrendo ruido sobre su cabeza. Levantó la mirada hacia arriba y la sangre se le heló en las venas. Una roca gigantesca se precipitaba sobre él a una velocidad impresionante. Solo tuvo tiempo de pegarse a la pared, adhiriéndose a ella como un molusco, para salvar la vida. La enorme mole pasó zumbando siniestramente cerca de él.

Tragó saliva, pensando que acababa de nacer. Un poco más allá el camino se ensanchaba, apartándose del abismo. Así siguió avanzando durante otra media hora hasta desembocar ante un puente colgante, construido con trozos de madera y bejucos, que

cruzaba una garganta. Cuando se acercaba a la cabeza del puente para pasar al otro lado, dos formas que hasta entonces no había visto, se movieron hacia él. Eran dos negros de estatura más que regular, casi desnudos, con el rostro pintarrajeado. Esgrimían en la mano derecha sendos cuchillos y en la siniestra una lanza.

Granger desenfundó rápidamente la pistola y la mostró, diciendo:

—Será mejor que os estéis quietos, muchachos. Este puede haceros pupa.

Sabía que los indígenas no le comprenderían, pero al menos conocerían las armas de fuego y su gesto de amenaza era universal y elocuente para todas las razas. Los negros se detuvieron, pero entonces empezaron a sonreír, al tiempo que uno de ellos, el que parecía de más edad, levantaba poco a poco la lanza apuntando al cuerpo de Granger.

Este vio clara la intención del indígena de arrojarla sobre él. Apretó el gatillo sin titubear para herirle, pero entonces ocurrió lo inaudito. Sonó un «clic-clac», pero ningún estampido.

Granger fue ahora quien miró extrañado su arma. Alguien se había entretenido en descargarla. ¿Cómo había sido tan loco de no comprobarla cuando salió de Tuba? Pero otra idea mucho más inquietante sustituyó a la primera. Aquellos negros sabían perfectamente que no podía hacerles ningún daño con la pistola. Era la relación lógica entre causa y efecto. Empero, no le dejaron tiempo para filosofar, porque ya el negro que le amenazaba con su lanza la arrojó para atravesarlo.

John saltó como un canguro y la punta de hierro chocó con sonido metálico contra la roca ante la que segundos antes se encontraba.

El indígena que había fallado lanzó un aullido y corrió hacia Granger moviendo nerviosamente la mano que empuñaba el chuchillo, mientras el otro se quedaba dónde estaba.

Johnny lo esperó clavado en el suelo y cuando el negro se le echó encima, se sentó de golpe y levantó las piernas.

El yakuba, sin poder detener el impulso ciego que lo movía, golpeó su estómago con los pies de Granger y este solo tuvo que hacer una leve presión para lanzarlo por encima de su cabeza al abismo cercano. Un grito fulgurante, terrorífico, siguió a la caída.

Granger se incorporó, observando al enemigo que le quedaba, el cual, aleccionado por el triste final de su compañero, entablaría la nueva batalla con más precauciones. Empezó a acercarse al hombre blanco.

John se dio cuenta de que si lo dejaba avanzar demasiado sería casi imposible evitar el nuevo lanzazo. No podía volverse y echar a correr, so pena de ofrecer un blanco mejor. Jamás antes de ahora deseó con más urgencia encontrar una solución a un problema, un problema en que se jugaba nada menos que su existencia.

De pronto tuvo una clara visión de lo que debía hacer. Se agachó, colocándose en la misma posición que un atleta antes de iniciar una carrera.

El indígena se detuvo, un poco asombrado por la extraña actitud adoptada por su rival, y este fue el momento que aprovechó Granger para salir disparado en dirección al puente.

El yakuba creyó que el europeo intentaba escapar pasando al otro lado y arrojó su lanza hacia la entrada del puente, donde debía coincidir con su víctima.

Pero Granger hacía aquel movimiento no sin antes haberlo ensayado mentalmente. Todo tenía que ocurrir tal como había pensado. Un fallo en él o una retención en el yakuba significaría su muerte.

Por ello, en el momento en que aquel disparaba su lanza, él saltó hacia la izquierda como una pelota.

Se produjo un choque violento entre los dos cuerpos, mientras la lanza se clavaba en el mismo centro del comienzo del puente. Ambos contendientes rodaron por el suelo, abrazados.

Granger no concedió cuartel al yakuba. Al quedar encima de él le pegó un fortísimo golpe en la mano armada, obligándole a soltar el cuchillo. Luego cogió la afilada arma con la izquierda y se la hundió en la garganta. El cuerpo negro se estremeció enérgicamente, combándose, y por fin quedó inmóvil.

Johnny se levantó, resoplando, y cruzó a la otra parte del desfiladero para proseguir su camino.

Los dos indígenas de que se había librado debían gozar de la confianza de su amo, ya que no encontró ningún otro obstáculo hasta descubrir la aldea yakuba en la otra ladera de la montaña.

El pueblo indígena estaba formado por veinticinco o treinta chozas circulares.

Corrió agachado, saliendo del camino, saltando de roca en roca para no ser visto.

Vio varias mujeres en una plaza golpeando con una piedra algo que debía ser vegetal.

Los chiquillos jugaban completamente desnudos en las inmediaciones del lugar en que sus madres se hallaban trabajando.

Granger se detuvo ante un peñasco e inspeccionó el pueblo,

observando que en su extremo más alejado había una choza mucho más grande que las demás.

De pronto oyó claramente que de la choza grande salía una carcajada.

Resolvió ir allí.

Echó a correr. Dejó atrás a las mujeres y a los niños, saltó el arroyo y se detuvo ante la puerta de la casa.

Entonces oyó la voz de Peterson que preguntaba:

—¿Cuándo tendrá lugar el atentado contra el Presidente?



—¡Quieto o te abraso!

CAPÍTULO X

Una voz que Granger no conocía, contestó:

—Exactamente dentro de tres días, o sea el 22 de junio.

—¿Se han vuelto locos? —exclamó Peterson.

El mismo hombre de antes fue quien dijo:

—No, Trevor. Ninguno de los que nos hallamos aquí hemos perdido la razón y estoy seguro de que usted también la conserva.

—¿Por qué cree que lo hemos traído aquí con el señuelo del arte yakuba?

Hubo un silencio. Peterson debía de haber recibido la mayor sorpresa de su vida.

—¿Sugiere que Luchino me habló de Tuba con objeto de que yo viniese para hablar con ustedes?

—Exactamente. Estábamos seguros de que el truco surtiría efecto, y Luchino tuvo que esforzarse muy poco para conseguirlo.

—¡Es inaudito!

—Escuche, Peterson. Se trata de la oportunidad de su vida. Riquezas... poder... Usted estará en la cumbre si se une a nosotros.

—Olvida usted que yo poseo una gran fortuna.

—Pero ¿y qué? Usted tiene un centenar de criados. Manda sobre ellos. ¿Qué le parece gobernar a dos millones de seres?

—¿De qué está hablando?

—Le estoy ofreciendo la presidencia de la República. Bonito ¿verdad? A ningún ciudadano de Liberia se le ha ofrecido antes esta oportunidad.

—No quiero ocupar un sillón manchado con sangre.

—¡Déjese de bobadas, Peterson! La vida es así. Hay vencedores y vencidos. Nuestro adorado Presidente ha estado demasiado tiempo en lo alto de la cucaña. Ya ha disfrutado bastante. Es lo malo de las personas. Cuando llegan arriba se creen con derecho a perpetuarse. ¡Ya sé, ya sé! Usted es amigo del Presidente. Pero ¡caramba! también tendrá ambiciones. ¿Se acuerda de Julio César? El principal conspirador contra su vida fue Bruto, su más fiel amigo.

—Pero Bruto no mató a César para sustituirlo.

—¡Bah! ¿Qué importa el motivo? Usted tiene que hacer muy poco a cambio. Simplemente financiar la revolución.

—¡Desvarían ustedes! El pueblo está con su Presidente.

—Supongamos que sea así. Los cañones harán cambiar de idea

al pueblo. Con un millón de dólares haremos ese milagro. ¿Se da cuenta, Peterson? Por un millón le ofrecemos la eternidad, es decir, la presidencia de una nación independiente. Nos portamos bien con usted, ¿eh? Podíamos habernos dirigido a otra persona, pero usted nos pareció la más adecuada. Vamos ¿qué contesta?

—Mi respuesta es negativa, Horace.

Granger pensó que el hombre que hablaba, con Trevor sería aquel S. Raymond Horace, cuyo nombre había descubierto en los extraños papeles de Luchino.

—¡Es absurdo, Peterson! —exclamó, ahora, con voz rabiosa.

—Seré fiel a la República.

—Lo será también poniéndose a nuestro lado. El régimen no cambiará. Serán los nombres los que cambien.

Peterson rebatió solemnemente:

—No, Horace. Si ustedes logran lo que se proponen asestarían un golpe de muerte a la República de Liberia. Usted ya fue desterrado por sus manejos revolucionarios, igual que muchos de los que están aquí. Por ello han tenido que preparar este complot fuera de nuestra frontera. Odian a los hombres que los hicieron salir del país, pero también a las instituciones que nos rigen, por cuanto ellas fueron las causantes de su derrota en las últimas elecciones. Si triunfasen no respetarían nada. Harían el simulacro de aceptar lo establecido, al objeto de engañar a los países occidentales, pero en realidad lo que habría en Liberia sería una tiranía.

—¡Ya está bien, Peterson! No olvide que nuestra paciencia también tiene un límite. Al parecer, no se da cuenta de su situación.

—La conozco perfectamente. Pueden hacer ustedes lo que quieran, pero no esperen que me sume a su bando.

Granger no pudo oír más.

De súbito, sintió que el cañón de una pistola se le clavaba en la espalda.

—¡Levante bien los brazos, señor Fix!

Era la voz de Simonne Bardot.

Él la obedeció, volviéndose, y entonces ella le sonrió señalándole la puerta de la choza.

—Pase ahí dentro, Fix. Seguro que se alegrarán de verle la cara. Johnny le correspondió con otra sonrisa.

—¿Encontró lo que buscaba entre los yakuba, señora Bardot?

—No se haga el gracioso. ¡Entre!

—Claro que sí. No me lo perdería por nada del mundo.

Pasó al interior de la cabaña descubriendo que en ella había

cinco hombres además de Peterson. Todos se pusieron en pie al verle. El millonario exclamó:

—¿Usted, Fix! ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Se olvida que yo tenía también interés por el arte yakuba.

—Era una trampa —contestó el otro—. Una trampa en la que he caído ingenuamente. Estos hombres están conspirando contra el Presidente de Liberia y la República. Algunos de ellos fueron desterrados del país y otros se expatriaron voluntariamente para realizar mejor sus planes. Los preside Raymond Horace.

Un individuo de unos cuarenta años de edad, piel intensamente negra, ojos grandes, y boca de labios gordezuelos, se adelantó de entre los compañeros, declarando:

—Yo soy Raymond Horace.

Era la misma voz que había oído antes.

—Encantado de conocerle —dijo Johnny—. Pero ya podían haber elegido un sitio más divertido para sus reuniones.

—Es usted duro, señor Granger —repuso Horace.

Trevor frunció el entrecejo, repitiendo interrogativamente:

—¿Granger?

—Así es —asintió el otro—. El hombre que usted conoce como James Fix, periodista del «Star» de Nueva York, es realmente Johnny Granger, detective de una agencia de investigaciones confidenciales del mismo Nueva York.

—Ya que sabe tanto —le espetó Granger—, ¿me puede decir quién era el hombre que me contrató en París y que se presentó a mí con la identidad de Richard Hopfield?

—Henry Cabot.

—¿Perteneecía, realmente, al Servicio de Información de la República?

—No; era un simple profesor de un colegio de Monrovia. Cabot, en un principio, estaba en contacto con nosotros. Era partidario de un cambio de los métodos que se siguen en nuestro país, pero prefería la evolución lenta a la revolución.

—Sin embargo, no me citó ninguno de sus nombres.

—Yo me incorporé al grupo cuando Cabot había salido de él. Solo se relacionó con los teóricos. Los hombres de acción entramos después.

—Pero Cabot me dio la pista de Peterson.

—En este caso solo se guio por la lógica. Sabía que necesitábamos dinero y supuso que dirigiríamos nuestros pasos hacia Trevor.

—¿Le seguían ustedes cuando me visitó en París?

—No tuvimos más remedio que hacerlo. Le pusimos un hombre tras sus talones y así nos enteramos de lo relativo a usted.

—¿Por qué lo mataron?

—Al volver a Monrovia, Cabot se enteró de la expedición de Peterson e inmediatamente acudió al hotel en que usted se alojaba para comunicarle la noticia. Aquello fue su sentencia de muerte. Se encargaron de liquidarlo en su propio apartamento.

—¿Y el cadáver?

—Fue un bonito juego de prestidigitación. No podíamos dejar que la policía descubriese el cuerpo de Cabot, por cuanto hubiese iniciado una investigación. Uno de mis más leales hombres se encontraba en el corredor de su apartamento acompañando al que había matado a Cabot. Cuando usted salió para ir a las habitaciones de June Marshall, hicieron su trabajo. Fue sencillo. Salieron por la puerta trasera del hotel, simulando que Cabot estaba borracho. Lo metiesen en un coche y lo enterraren en las afueras de Monrovia.

—¿Y si yo me hubiese quedado en el apartamento?

—Una pregunta muy interesante, señor Granger, pero la respuesta es también muy sencilla. Ellos le hubieran matado.

Peterson, con voz furiosa, exclamó:

—¿Quiere que yo me una con ustedes? ¡No son más que una pandilla de asesinos!

—¡Cállese, Trevor! Le conviene.

—¿Cuántas vidas necesitan para ver realizados sus planes? Jacques Furet mató a Luchino Ferzetti y era uno de sus propios compañeros.

Granger sonrió, objetando:

—Está en un error, Trevor. A Ferzetti no lo mató Jacques Furet.

—¿Cómo dice?

—Fue nuestra deliciosa Susanne Bardot.

El millonario miró con ojos sorprendidos a la francesa, la cual seguía esgrimiendo la pistola que apuntaba a Johnny, y rezongó:

—¡Eso es absurdo!

—Granger es muy listo —comentó ella, brillándole intensamente los ojos—. Ande, cuénteselo.

—Con mucho gusto —respondió John—. En la madrugada que pasamos en la plantación de Pierre Tournier descubrí que Luchino tenía los labios manchados de carmín.

—¿Por qué no podía ser June la que lo besó? —objetó Simonne.

—Cabía esa posibilidad. Pero al día siguiente, Simonne, usted me sorprendió en la habitación de Ferzetti. Era lógico pensar que había una relación entre usted y él. Por si fuera poco, usted le dio el

soplo. Luego estaba Jacques Firet. Le vino bien a usted para cargarle el mochuelo. Pero a mí ya no me hacía falta saber más. Le había cogido el número, Simonne. Es usted un punto de cuidado, pequeña. Primero Firet, luego Louis Bardot, a continuación, Luchino. ¿De cuántos se compone su harén?

La francesa barbotó, loca de furia:

—¡Sucio polizonte!... ¡Te voy a!

Levantó unas pulgadas la pistola, decidida a apretar el gatillo, pero la voz de Raymond Horace se lo impidió:

—¡Quieta, Simonne!

La joven miró a quién le daba la orden.

—¿Qué quieres que haga? ¿Qué le condecure?

—No sabemos si Granger ha establecido contacto con alguien. Es ciudadano americano. Su muerte nos podría traer malas consecuencias.

Granger sonrió suavemente.

—¡Estupendo, Horace! —exclamó—. Eso se llama pensar con la cabeza. Después de todo, me parece usted un buen chico. ¿Qué le parece si me voy a casa por la merienda?

—No he querido decir que le deje en libertad, Granger. Usted se quedará aquí hasta que hayamos acabado nuestro trabajo en Monrovia.

—¿Tres días?

—Simplemente hasta que se haya procedido a cambiar los nombres de los que ocupan las altas magistraturas y se nos haya reconocido por las principales potencias occidentales. Habiendo suerte, pueden ser un par de semanas.

Granger sonrió de nuevo.

—No me la trago, Horace. Adivino lo que pasará entonces. Me liquidarán sin remedio.

Horace fue ahora el que distendió los labios en una sonrisa.

—Henry Cabot le eligió bien. Es usted duro de convencer. Pero para el caso es lo mismo. Si se pone tonto, autorizaré a Simonne para que dispare. En tal caso el asunto se limitará a tener guardado su cadáver hasta que nosotros nos hayamos consolidado en la capital. Entonces simularemos ante su embajador que usted ha sido atacado por cualquier bandido.

—Tiene respuesta para todo, ¿eh, Horace? Pero ahora que recuerdo, Simonne todavía no nos ha explicado por qué mató a Luchino —se volvió hacia la francesa, ironizando—: No me diga que se ha enamorado de mí, pequeña.

—¿De usted, farsante? Antes aborrecería a todos los hombres.

—Cosa muy improbable.

La joven se mordió el labio inferior y, tras inspirar profundamente, dijo:

—Le daré satisfacción, Granger. Vi cómo salían juntos de la residencia del comandante Boyer y creí que, al fin, usted había conseguido ablandarle. Aquello me soliviantó. Cuando regresaron hablé con Luchino en el corredor, pero no me quiso decir nada respecto a lo que había ocurrido entre usted y él. Entonces decidí matarle. Habíamos quedado citados de madrugada en la casa de Anquetil. Fue todo bastante fácil. Siempre llevo conmigo en el bolso una botellita de «tali».

—Eres un demonio, pequeña. Te has ganado a pulso... una buena sepultura.

Simonne abofeteó violentamente a Granger.

Pero el americano, lejos de perder el humor, sonrió preguntando:

—¿Y June, pequeña? ¿Dónde la has dejado?

En aquel momento, como si hubiera estado esperando que la mencionasen, la joven decoradora penetró en la cabaña quedando inmóvil, sorprendida por la escena que se ofrecía ante sus ojos.

CAPÍTULO XI

June vio la pistola que esgrimía la esposa de Bardot y preguntó:

—¿Qué ocurre, Simonne?

La francesa hizo una mueca de rabia, replicando:

—Me has seguido, ¿eh?... ¡Eres una estúpida!

—¡Simonne!

—No te hagas la tonta, querida. Apuesto a que has oído todo lo que se ha hablado aquí hace unos instantes... Comprendí las miradas de curiosidad que me dirigías desde que apareció muerto Luchino. Sabías que me gustaba y que me vi con él a solas en casa del comandante Boyer...

—No meta a ella en esto —dijo Granger—. ¿No le parece que ya somos bastantes en la fiesta?

Raymond Horace replicó:

—Es el inconveniente de haber concurrido a ella sin una previa invitación. Ahora tendrán que cargar con las consecuencias.

—¡No quiero que se la toque! —proclamó John.

El jefe de los conspiradores sonrió irónicamente.

—Olvida que son ustedes nuestros prisioneros y que, por tanto, no pueden exigir nada. Solo queríamos ver a Trevor Peterson. No es culpa nuestra que hayan metido sus narices en el asado...

El millonario carraspeó, insinuando:

—Supongamos que accedo a sus deseos, Raymond...

El aludido miró a Peterson con interés.

—Prosiga, Trevor...

—Les daré el dinero que necesitan, a cambio de la libertad de la señorita Marshall y la de Granger.

—¡No lo haga! —exclamó John—. ¡Será engañado nuevamente!... ¿Cómo puede creer que van a mantener su palabra?...

—¡Cierra el pico! —rugió Simonne.

—Estoy decidido —afirmó Trevor—. ¿Quiere que le firme un talón, Horace?

—Tenemos preparados los documentos para que haga una transferencia a mi nombre. Bastará que los firme.

—De acuerdo. Terminemos cuanto antes.

Uno de los conspiradores sacó unos papeles de una cartera de mano, que Peterson firmó apoyándolos contra la pared de la choza.

Cuando hubo terminado, manifestó:

—Ya han conseguido lo que querían, pero deseo de todo corazón que fracasen en sus propósitos.

Raymond Horace sonrió aviesamente, diciendo:

—Como sabemos cuáles son los suyos, no podemos dejarlo en libertad...

—Está bien. Deje marchar a la señorita Marshall y a Granger.

—Tampoco puede ser.

Johnny dijo:

—Ya se lo advertí, Peterson. No son más que vulgares bandidos.

Trevor palideció sin dejar de mirar a Horace.

—¡Canalla! —exclamó, al tiempo que sacaba una pistola.

Pero antes de que pudiera hacer uso de ella, Simonne disparó la suya.

El proyectil hizo un agujero en el pecho del millonario, matándolo en el acto.

June lanzó un grito de horror al ver desplomarse al hombre para quien trabajaba.

—¡Pagarán este crimen! —barbotó Granger, apretando los dientes con furia.

—Diga otra cosa más y se la gana también —advirtióle Simonne, desviando el arma hacia él.

Horace dio un suspiro, comentando cínicamente:

—Usted debe saber que una revolución lleva consigo el derramamiento de sangre. En fin, es el destino de cada cual —hizo una pausa, añadiendo—: Nosotros nos vamos ya, pero antes le quiero presentar a un amigo, Granger. Al hombre que ha de matar a nuestro Presidente. Acércate, Paul...

Un negro de estatura regular, sesenta y cinco kilos de peso, ojos vivos y orejas como soplillos, se aproximó a su jefe.

—Este es Paul Dumban —lo presentó Raymond—. Se ha ofrecido voluntario para hacer el trabajo. Tubman se negó a recomendar a la Asamblea Legislativa se concediese a Paul cierta exclusividad de importación, y él ahora quiere ajustar cuentas...

Granger observó la mueca despiadada que se observaba en el rostro del asesino.

Horace prosiguió:

—Los llevarán a ustedes a otro lugar de la montaña. Hasta nunca, Granger.

Antes de salir hizo una señal a dos hombres del grupo, quienes se quedaron custodiando a los jóvenes pistola en mano.

Simonne desapareció con Raymond y la otra pareja de

conspiradores.

Poco después entró en la choza un negro yakuba.

—Echen a andar —ordenó a June y John, uno de los que se habían quedado.

Obedecieron y, segundos más tarde, caminaba el pequeño grupo por la ladera de la montaña en dirección a su cumbre.

De pronto se oyó un disparo lejano y todos se volvieron.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió June.

Un guardián repuso:

—No nos importa. Ha sido lejos de aquí. ¡Continúen la marcha...!

Reanudaron el camino, mientras Granger pensaba que iban a una muerte cierta. ¿Qué importaba que el final fuese dentro de sesenta minutos o de una semana? Debían intentar escapar ahora y no dejarlo para más tardé, ya que, de lograrlo, aún podría evitar que Raymond Horace y sus secuaces lograsen realizar sus planes en Monrovia.

Tenía que vérselas con tres enemigos, dos de los cuales esgrimían armas de fuego mientras el tercero empuñaba una lanza.

Probó suerte, echando mano a una estratagema.

June caminaba a su lado. Casi se tocaban. De pronto golpeó con su zapato el pie de la joven. Esta perdió el equilibrio, y cayó al suelo lanzando una exclamación.

Forzosamente tal hecho tenía que despertar la atención de los guardianes y Johnny aprovechó bien la oportunidad, disparando su puño derecho contra el que se hallaba muy cerca de él.

El sorprendido liberiano recibió el golpe en pleno rostro, desplomándose fulminado en tierra.

—¡Cuidado, Johnny!... ¡Detrás de ti!

El grito había partido de la garganta de la muchacha.

Granger sabía que tenía a sus espaldas al yakuba.

Pero es que delante se hallaba el otro liberiano, levantando la pistola para disparar.

Entonces se agachó rápidamente, encomendándose al cielo, y algo zumbó por encima de su cabeza.

Un alarido de muerte rasgó el aire.

Johnny vio que el segundo liberiano tenía clavada la lanza en el estómago y que desorbitaba los ojos mientras caía.

El americano cogió la pistola que había soltado el que perdió el conocimiento y apuntó con ella al yakuba, que contemplaba perplejo a su víctima.

—Anda, negrito —le dijo Granger, acompañando sus palabras

con gestos para que fuese comprendido—. Echa a correr monte arriba...

El yakuba hizo una señal afirmativa con la cabeza y salió como una flecha, perdiéndose pronto entre las rocas de lo alto.

Entretanto, June se había incorporado.

—Es usted un temerario, Granger. ¿Se da cuenta de que le habrían podido levantar la tapa de los sesos?

—Pensaban realizarlo de todas formas. ¿Le hice daño?

—Doy por bien empleado el coscorrón. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Regresaremos paseando a Tuba. No hay prisa. Puede estar segura de que Horace y los suyos seguirán otro camino para ir a Monrovia.

—¿Y Simonne? Dejó a su marido en Man.

—¿Cree que a ella le preocupa él? Louis es un pobre hombre y Simonne no volverá a mirarlo, si esos revolucionarios consiguen adueñarse del poder en Liberia.

En ese instante Johnny oyó un ruido a su espalda; al volverse vio al negro que había dejado fuera de combate momentos antes, dispuesto a hacer fuego con la pistola del que recibió el lanzazo.

Pero él disparó primero, alojándole una bala entre ceja y ceja.

—Coja esa arma, June —indicó después—. Y marchémonos de aquí.

Dejaron atrás la aldea yakuba dando un pequeño rodeo.

Al cruzar el puente colgante se quedaron sorprendidos contemplando el cuerpo de Simonne tendido en el suelo, boca abajo.

Johnny le dio la vuelta, descubriendo que tenía un orificio de bala cerca del corazón.

De pronto los jóvenes oyeron unas pisadas a sus espaldas y al girar vieron a Jacques Firet apuntándoles con el rifle.

—No intenten nada —advirtió el contrabandista—. Tengo fama de no fallar un solo disparo. Dejen caer sus armas.

—¿Por qué lo ha hecho, Jacques? —inquirió Granger, después de obedecer.

—Un par de soldados indígenas intentó prenderme hace cosa de una hora —respondió Firet con voz vacilante—. Me dijeron por qué y comprendí que Simonne era la autora del desaguisado. Yo tuve oportunidad de conocerla en Accra y sé de qué es capaz. No podía dejarla con vida. Hubiese labrado la ruina a otras personas.

—¿Y los hombres que iban con Simonne?

—Los dejé marchar. No tenía nada contra ellos. Me quedé aquí

para darle sepultura a Simonne y... bueno, les vi aproximarse a ustedes...

Johnny se daba cuenta ahora de que Firet había amado a la francesa. No indicaba otra cosa su voz velada y sus balbuceos entrecortados. Debió ser una prueba tremenda para él apretar el gatillo, porque la seguía queriendo en aquel instante.

—Cojan las pistolas y márchense —dijo ahora, parpadeando con los ojos húmedos.

Johnny y June prosiguieron el camino de regreso a Tuba.

Poco antes de llegar a la población se encontraron con Anquetil y Biof, a los que acompañaban varios soldados.

Granger contó a su manera lo sucedido en la aldea yakuba. Dijo que Peterson había sido muerto por una partida de chantajistas que pretendían sacarle un millón de dólares, a lo que Trevor se negó. Simonne pertenecía a la banda y había marchado con ellos. June y él lograron escapar de los yakubas, a cuya merced se encontraban.

Era la única historia que podía colocar a Anquetil a fin de guardar el secreto de la conjuración de Raymond Horace, so pena de que el comandante de Tuba informase a sus superiores, en cuyo caso se sabría también pronto en Liberia y los conspiradores se limitarían a suspender el atentado, para realizarlo más tarde.

—Está bien —dijo Anquetil—. Pueden volver ustedes. Yo continúo para dar caza a Firet. Dos soldados lo han localizado en mi Distrito.

—A propósito de ello —repuso Granger—. Simonne confesó en la aldea yakuba haber sido ella quien envenenó a Luchino Ferzetti.

—¿Por qué?

—Quería obligarla a divorciarse de su marido para casarse con él.

Anquetil emitió un suspiro.

—Era lo que faltaba. Ese tipo tiene una suerte loca para librarse siempre...

—¿Sabe una cosa, Fix? —preguntó Biof, quien no conocía aún la verdadera identidad de Johnny—. Marton Deutsh recibió hace un rato la noticia de que un indígena tropezó hace cinco días con dos pigmeos treinta millas más al Norte. Ha salido disparado hacia allí. Esta vez creo que lo va a conseguir.

—Me alegro por él —declaró June—. Se lo merece por su constancia.

—Cada cual logra lo que desea si lo persigue con verdadera tenacidad —dijo Johnny, mirando de soslayo a la joven.

CAPÍTULO XII

Amaneció el 22 de junio de 1955 en Monrovia.

La Asamblea Legislativa de la Nación había acordado reunirse ese día a las cinco de la tarde en el Centennial Memorial Pavilion. El objeto de la convocatoria era el de desagraviar al Presidente Tubman, cuya última reelección había sido puesta en duda. El candidato presidencial derrotado envió a la Cámara una protesta, atacando la legitimidad del sufragio.

Tal protesta había sido considerada como temeraria, por cuanto Tubman reunió a su favor 244.873 votos y 1.182 en contra.

La ceremonia del 22 de junio debía terminar con la notificación oficial al pueblo de la reelección del Presidente.

En principio, la reunión iba a tener lugar en la terraza del edificio, pero a causa de lo incierto del tiempo se decidió celebrarla en el interior.

La mesa presidencial se colocó al fondo del salón, precisamente debajo de la orquesta.

Poco antes de la hora anunciada se habían congregado ante el Centennial Memorial Pavilion miles de ciudadanos que vitorearen la llegada del Presidente Tubman, al cual acompañaba su esposa.

La Asamblea, reunida en el salón donde también se había congregado el Gobierno en pleno, los titulares del Tribunal Supremo, el Cuerpo Diplomático acreditado en Monrovia, así como gran número de invitados nacionales y extranjeros, prorrumpió en una gran ovación cuando el Presidente entró en la sala.

Fue pronunciado un elocuente discurso por el Presidente de la Cámara Legislativa, en cuyo transcurso se hizo patente los grandes avances conseguidos en todos los terrenos durante el mandato de William Bacanarat Shadrach Tubman. Grandes aplausos interrumpieron al orador en ciertos momentos de su discurso.

Terminado este, se sirvió un «lunch», y a continuación se corrió un telón en la pared frontera a la presidencia, donde había una pantalla, al objeto de proyectar varias películas sobre las costumbres y la vida del pueblo liberiano. Finalmente, se pasó otra película de la visita, que había hecho el Presidente Tubman a la isla de Jamaica.

De pronto, cuando se proyectaba este film hubo un fallo por corte del suministro de energía eléctrica. La sala quedó sumida en

la oscuridad.

Pero no ocurrió nada.

Inmediatamente se pusieron en marcha los grupos electrógenos de que disponía el edificio, prosiguiendo el espectáculo.

Paul Dumban, que se hallaba mezclado entre los invitados al acto, se había acercado entretanto al estrado presidencial.

Cuando se hallaba a una distancia de medio metro del Presidente, levantó la mano con que esgrimía una pistola. En el preciso instante en que apretaba el gatillo, un brazo salió de entre las cortinas cercanas y golpeó fuertemente la muñeca.

James Bestman, policía guardaespaldas del Presidente, había frustrado el asesinato.

Los asistentes al acto oyeron un disparo. Luego otro.

La primera bala que salió de la pistola de Paul Dumban fue a clavarse en una viga del techo, pero rebotó e hirió a un miembro de la Cámara de Representantes llamado Paul Derricks.

Dumban intentó escapar, pero Bestman lo tenía bien cogido y un compañero suyo, el inspector William Hutchins, trató de ayudarlo en el momento en que el primero volvía a disparar. La segunda bala atravesó la mano de Hutchins y luego, siguiendo su trayectoria agujereó la pared de cristales que había precisamente tras el sillón en que se sentaba el Presidente Tubman.

Otro hombre se unió a los policías. Era John Granger, quien incorporándose a la lucha que había iniciado Dumban, propinó a este un terrible puñetazo en la mandíbula, fulminándole y dando con él en tierra, dónde quedó exánime. James Bestman miró sonriente a Granger y dijo:

—Ha hecho usted un buen trabajo, muchacho. Ha ocurrido como usted me dijo esta mañana. No sabe la deuda que ha contraído con usted el país.

La confusión y el pánico se apoderaron del público, pero el Presidente Tubman permaneció tranquilo y sereno. Entonces se suspendió la función, y cuando se encendieron las luces, el Presidente se levantó y recomendó a la multitud que no se alarmase. Así, poco a poco, se restableció la calma.

El Presidente abandonó la sala con su esposa por una puerta de emergencia.

Hutchins, el inspector herido, fue llevado inmediatamente a una clínica.

El agresor volvió en sí cuando ya a Bestman lo acompañaban media docena de miembros del cuerpo de policía, los cuales procedieron al arresto de aquel y a su posterior conducción a los

calabozos de la Jefatura.

Bestman y Granger se despidieron en la gran escalinata del exterior del edificio, después que Granger rehusó la invitación del liberiano para presenciar el interrogatorio de Dumban. Cuando Granger veía alejarse el coche en que iban los policías, una voz detrás de él preguntó:

—¿Satisfecho, Johnny?

Él se volvió, contemplando a la exquisita June Marshall.

—No ha estado del todo mal —contestó él—. ¿No te parece? Pero hay algo que quiero saber.

—¿De qué se trata?

—¿Quién me va a pagar a mí los dos mil quinientos dólares que me faltan cobrar por este trabajo?

—¡Pero Johnny! Hay otras cosas más importantes en que debes pensar.

—Dime una, por ejemplo.

—En mí.

Los dos jóvenes se abrazaron riendo y se besaron fuertemente en la boca.

Aquella misma noche, mientras cenaban en el Hotel Roosevelt, el propio inspector Bestman apareció en el comedor y se sentó a su mesa, dándoles noticias de que Raymond Horace y otros conspiradores habían sido ya detenidos. Uno de estos, llamado David Coleman, consiguió huir, pero la policía seguía su pista y no tardaría en caer, igualmente que sus compañeros. Terminado el relato, Bestman, aceptando una copa de champaña, dijo:

—Pensé que le gustaría conocer el final de la historia y por eso he venido.

—Ha sido usted muy amable, Bestman —contestó Johnny—. Y se lo agradezco porque mañana mismo saldré para París.

El policía se rascó el cogote y sacó del bolsillo un papel que entregó a Granger, explicando:

—Es un telegrama que llegó hace poco a la Jefatura. Va dirigido a usted.

—¿A mí y a la Jefatura? ¡Que me maten si lo entiendo!

Granger desdobló el telegrama y leyó su contenido. Este decía así:

«Readmitido con triple sueldo. Sé lo que ha hecho en Liberia y también por qué no mandó su información en París. Traté de localizarle. Abrazos.

Hepburn

Granger alzó la mirada y la posó en el rostro de Bestman, murmurando:

—Apuesto a que usted tiene algo que ver con esto.

—Bueno, me permití comunicar a su agencia quién era el hombre que en el día de hoy está haciendo estremecer las linotipias de todos los periódicos del mundo.

Bebió el champaña de la copa y se levantó, despidiéndose:

—Les deseo mucha felicidad.

Johnny y June se miraron sonrientes.

Cuando ya se iba a marchar, Bestman dijo de pronto:

—¡Oh! Se me olvidaba. El señor Presidente se sentirá muy satisfecho si acuden a su residencia dentro de una hora.

Los jóvenes le miraron asombrados.

—¿Se refiere al Presidente Tubman? —inquirió Johnny.

—El mismo, Granger —contestó el policía. Y tras hacer una pausa, añadió—: No sé qué he oído de un cheque de diez mil dólares para premiar su trabajo. Suerte para disfrutarlo. Ahora no se entretengan demasiado; ya saben que una hora pasa deprisa.

Bestman se retiró y, cuando los jóvenes iban a proseguir la conversación, una mole negra arrojó su sombra sobre la mesa.

Era Edward Quine, el cual sonreía sosteniendo en la mano derecha un gran cigarro.

—Al fin lo consiguió, ¿eh, Granger? —dijo.

—¿Dónde se ha metido usted? —repuso Johnny—. Creí que era de la policía.

—Y lo soy. Pero en este asunto he preferido mantenerme entre bastidores. Mis agentes me informaron que había llegado usted esta mañana a Monrovia y no dudé que traía consigo la solución del crucigrama.

—Estupendo, ¿verdad? Usted es de los que dejan a los demás que saquen las castañas del fuego.

Quine volvió a enseñar su blanca dentadura.

—Procuro ayudar a los intrusos.

—No me diga. ¿Qué clase de ayuda me ha prestado usted?

—Reconocerá que debo apuntarme un tanto por ciento de su éxito si le digo que ordené a mi propia esposa le transmitiese un mensaje telefónico para que se uniese a la expedición de Trevor Peterson...

Granger observó perplejo el rostro del negro y, al cabo de un rato, exclamó:

—¡Por todos los infiernos!... ¡Fue usted!

Quine dio una larga chupada al cigarro y cuando expelía el

humo, dio media vuelta y se dirigió a la salida del hotel, andando solemnemente.

John comentó:

—Ahí va un gran tipo que acaba de contestar a la última pregunta que quedaba.

Ambos se miraron y ella le preguntó:

—¿Qué vas a hacer con tanto dinero, Johnny?

Él se mantuvo pensativo durante unos segundos y finalmente repuso:

—¿Qué te parece si probamos a gastarlo entre los dos?

—¡Johnny!

Luego ya no hubo ninguna palabra porque sus bocas se unieron en un ardiente beso.

FIN

El guerrero "bantu" se acercó lentamente a los prisioneros, mientras el rey de la tribu advertía:

—Tengo que mataros para no atraer sobre mi pueblo la venganza de
LA DIOSA-BLANCA



LA DIOSA BLANCA

Una novela magistral, escrita por el autor de la emoción

ALAR BENET

quien superándose a sí mismo, ofrece a todos los lectores un relato apasionante que constituirá, sin duda, uno de sus mayores éxitos

LA DIOSA BLANCA

¡Huyendo de un pasado se enfrentó con el más extraordinario de los presentes!

Adquiera este título la próxima semana, en la famosa

COLECCION CONGO

¡No se arrepentirá!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"
426 — Silver Kane
**UN DOLAR PARA EL
ASESINO**

COLECCION "BUFALO"
123 — Joe Sheridan
TEMPLE DE CORAZONES

COLECCION "CONGO"
17 — Keith Luger
ATENTADO EN AFRICA

COLECCION "PANTERA"
60 — Meadow Castle
**EL JUSTICIERO DE MON-
TANA**

COL. "SERVICIO SECRETO"
280 — Tony M. Tower
EL ARQUERO

COLECCION "PRACTICA"
COMIDAS DE REGIMEN

A 5'50 ptas.

COLECCION "PINFINELA"
485 — Mercedes Tomás
SENDAS PROHIBIDAS

COLEC. "MADREPERLA"
381 — María Morgan
DÍAS DE BRUMA

COLECCION "ROSAURA"
325 — María Pilar de Molina
MUSICA A LAS DOCE

COLECCION "ANAPOLA"
211 — Eva Fernán
ESPINAS EN EL CORAZON

COLECCION "ALONDRA"
164 — Carlos de Santander
UN AVENTURERO

COLECCION "CAMELIA"
105 — María del Carmen Rey
EVA EN EL PARAISO

COLECCION "ORQUIDEA"
75 — May Carré
LAZOS SAGRADOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 - Barceñane y Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires

**¡LA SUERTE LLAMA
A SU PUERTA!**

*No desaproveche la
ocasión y adquiera los
volúmenes de la sensa-
cional colección*



T E C N I C A A L D I A

Acaba de aparecer

INSTRUMENTOS DE MEDIDA

Un título imprescindible para la realización de Testers probadores con destino a su moderno taller

INSTRUMENTOS DE MEDIDA

Un volumen en el que se acredita una vez más el distintivo:

¡Prácticos y útiles!

con que la opinión general ha designado los títulos de

T E C N I C A A L D I A

¡La colección que usted debe poseer!!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Acaba de aparecer el
2.º cuaderno de la mo-
derna y fantástica serie*

VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE

Un nuevo y apasionante episodio de este héroe del futuro, que lleva por título:

LOS OJOS DE LA NOCHE

¡Un poder tenebroso pretende destruir al sol!

¡Las más fantásticas máquinas ideadas por el hombre del siglo XXX en lucha con las fuerzas cósmicas!

LOS OJOS DE LA NOCHE

Formidable aventura del intrépido VENDAVAL, EL CAPITAN INVENCIBLE, que entusiasmará a mayores y pequeños

Un nuevo triunfo de la famosa

COLECCION DAN

Precio de cada cuaderno: 1'25 ptas.

Aparición quincenal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamente en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha permanecido durante 18 meses a la cabeza de los bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERÍAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Rita Gam

N.º 220 En la primera película sin diálogo del cine sonoro, titulada "El espía", conocimos a esta exótica actriz a la que recientemente hemos visto en los films "Atila, rey de los Hunos" y "Decisión a medianoche".

Foto HISPANO FOX FILMS, S. A. E.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 / ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50